

32

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



MONT
VIDA
DE
D. JUAN
ANO
Y
ANO



1861
C. 1



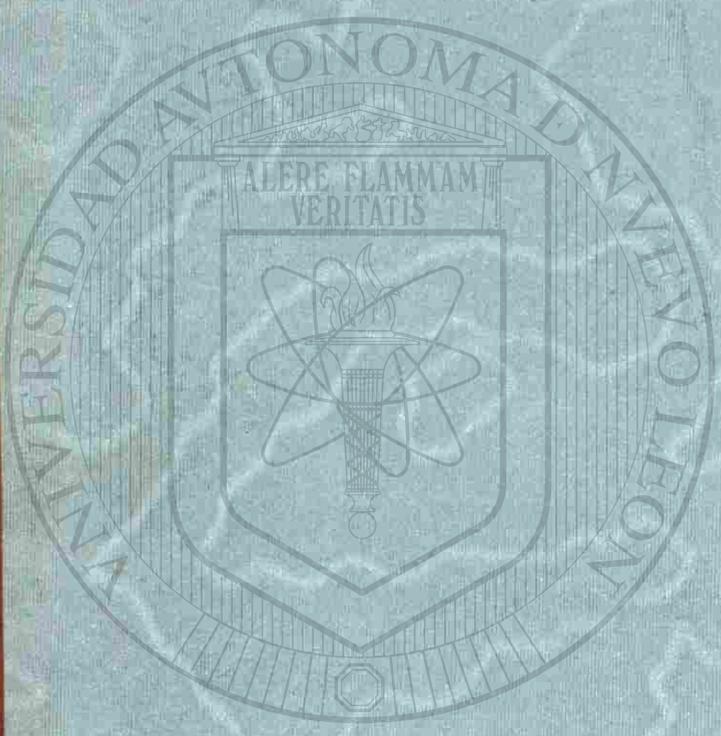
F123
M61

ENCUADERNACION
—DE—
Felipe Montilla.
—
Mérida de Yucatán.



1080044982

CA 764152



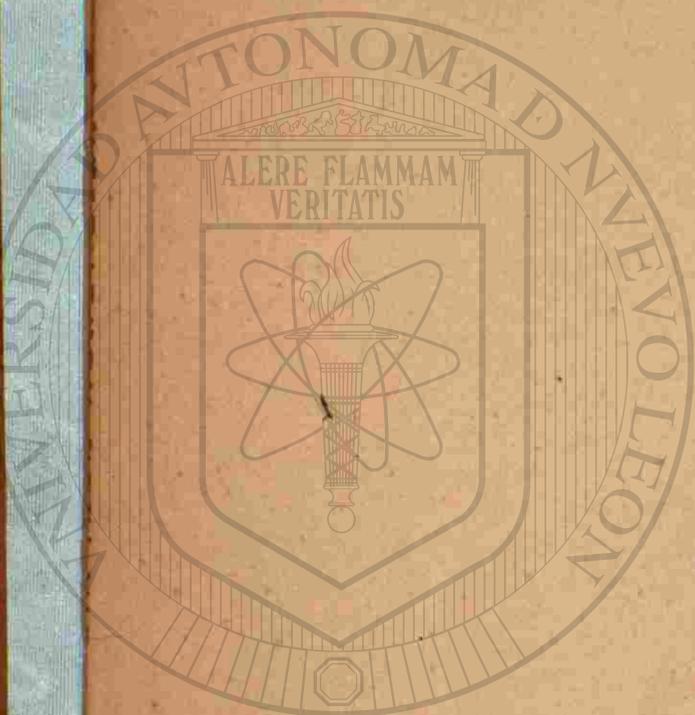
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENC
F
Mé



Al Señor General Don Ber-
nardo Reyes en testimonio de
admiraación y simpatía por
sus virtudes cívicas y milita-
res. Mérida Marzo 19 de 1901.
Juan J. Molina Solís

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



92 (04)

D. JUAN CANO Y CANO.
SU VIDA
Y HEROICOS HECHOS.

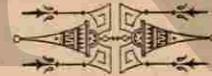
CONFERENCIA

LEÍDA

EN EL «CÍRCULO CATÓLICO» DE MÉRIDA,

POR

JUAN FRANCISCO MOLINA SOLIS.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

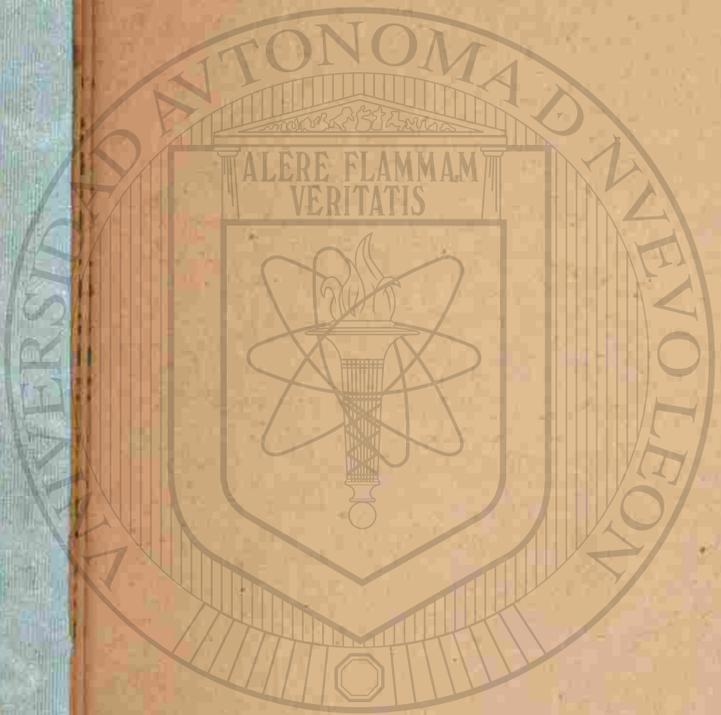
MÉRIDA DE YUCATÁN.

IMPRENTA «CAMBOA GUZMAN.»—CALLE 58, NUM. 503.

1899.

110832

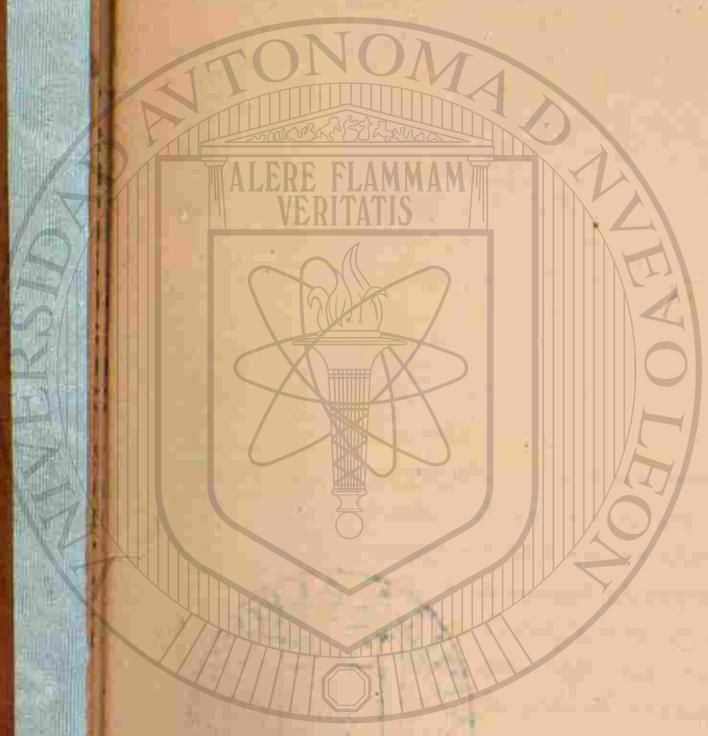
16015



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENC
F
M

E
923
C
FR32
M61



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

QUIERO contar la vida de un yucateco ilustre que consagró todo su espíritu y todo su corazón á la patria, y cuyo nombre, por un sarcasmo del destino, yace olvidado sin un recuerdo, un laurel, ni una corona. Me refiero al Teniente Coronel de Ingenieros D. Juan Cano y Cano, que, nacido en Mérida de Yucatán el 27 de Enero de 1815, murió gloriosamente en el asalto de Chapultepec el 13 de Septiembre de 1847, luchando desesperadamente contra fuerzas americanas, seis veces mayores.

Su cuna se meció en uno de los hogares más distinguidos de la Capital de Yucatán, en una familia en la cual se adunaba la honradez más acrisolada, y el respeto y estimación social, conquistados al precio de una existencia, en que la virtud y el sacrificio por el deber, era hábito sencillo y natural. El origen de esta familia en Yucatán tiene sus rasgos extraordinarios y

brillantes que voy á referir. A mediados del siglo pasado vivía en Ampuero, provincia de Santander, España, un joven de raras cualidades, hijo de un matrimonio pobre; pero de buena opinión y fama. Se llamaba D. José Antonio Cano. No tenía más porvenir ni más esperanza que el trabajo, y así, cuando todavía frisaba en los albores de la primera juventud, fué conducido á Santander y colocado en un almacén de comercio, que giraba en aquella capital una rica sociedad, cuyas operaciones no se limitaban á la Provincia, sino que tenía numerosas relaciones de activo comercio con América.

Las cualidades de carácter, no tardan en ser advertidas, sobre todo, por aquellos con quienes se lleva continuo trato, y esto sucedió con el joven Cano, cuya habilidad y honradez se atrajeron la estimación de sus principales. Tanto, que pronto hubo de presentarse ocasión de probárselo con hechos, no con palabras. Proyectó la sociedad enviar á Nueva España un rico cargamento de mercancías y el cargamento era tan valioso, que se resolvió mandar á uno de los socios como director de la empresa, á fin de alcanzar el mejor éxito en las ventas. Era una negociación en que la casa ponía cuantioso capital y en la cual cifraba con justicia las más lisonjeras esperanzas de lucro. Se determinó el día de la partida, y cual de los socios debía emprender el viaje; y, tratando éste de elegir un compañero capaz entre los numerosos dependientes de la rica casa, puso los ojos en el jovencito de Ampuero, cuya discreción é inteligencia, á pesar de sus pocos años, había ya podido notar.

Pronto quedó el viaje arreglado, y cargada de las más escogidas mercancías de pronto expendio en ultramar, una fragata de tres palos y de gran porte, propiedad de la casa. Cuando todos sus papeles estuvieron listos, se dió á la vela con tiempo fresco y bonancible, que traía á los tripulantes y pasajeros de alegre humor, sin preocuparse de las mudanzas que la vida del mar á cada paso ofrece.

No fué, por desgracia, todo bonanza en el viaje; empeñada ya la fragata en las pavorosas soledades del Océano Atlántico, tocóle sufrir tormentas indescriptibles, que le hicieron perder su ruta y la arrojaron á mares desconocidos del Capitán. Una tempestad sucedía á otra tempestad, y los intrépidos marinos, luchando con entereza, iban salvando el buque sin perder de vista el punto de su destino. Transcurrieron los días y también los meses, y la combatida nave no vislumbraba puerto. En Santander llegó á creerse que había naufragado, y que todo, buque, mercancías, tripulantes y pasajeros, había sido sumergido entre las ondas terribles de la mar. Lo largo de la travesía hizo escasear las provisiones; empezaron á declararse á bordo las enfermedades, y la muerte comenzó á segar cabezas. El mismo jefe de la expedición tuvo el amargo destino de que las olas del mar le sirvieran como de sudario misterioso y espantable. Antes de exhalar el último suspiro, pudo dar sus disposiciones postreras al joven José Antonio Cano que, á la edad de diez y nueve años, se encontró así repentinamente constituido en árbitro de una inmensa fortuna. Tuvo todavía que apurar el sufrimien-

to de la tripulación, porque los malos tiempos continuaron, y no fué sino después de once meses de viaje, cuando la fragata vino á recalar de arribada forzosa al puerto de Campeche. Fué gran fortuna que allí llegase, porque había entonces en la Península de Yucatán, mucha carestía de mercancías de fuera y así pudieron realizarse las de la expedición con ventajosas ganancias.

Entonces justificó el joven José Antonio Cano su rectitud á toda prueba, rectitud que estaba en su sangre y en su naturaleza, y que no le permitía disponer ni pizca de la propiedad ajena, sin el permiso de su dueño. Un hombre sin conciencia y en extremo aficionado al positivismo, hubiera encontrado en esta posición extraordinaria y excepcional, ocasión segura de hacer fortuna, salvando las apariencias; pero el joven José Antonio Cano percibió con claridad la idea de su deber, y no vaciló ni un instante en cumplirlo. Agobiado de pesadumbre por la muerte de su principal en circunstancias de tanta consternación, hastiado, hasta la saciedad, de los viajes marítimos, cuya amargura había saboreado hasta las heces, resolvió no volver á España; pero cuidadoso de cumplir el deber de confianza que inopinadamente le había tocado, vendió todo el cargamento y después de deducidos los gastos, resultó un líquido sobrante de ciento ochenta mil pesos, los cuales peso tras peso, depositó en la Caja de la Tesorería Real de Campeche á disposición de la Casa de Santander. No se permitió siquiera tomar ni el sueldo devengado en los meses transcurridos desde la partida de España,

y para buscarse la vida en adelante, se acomodó en una de las tiendas del comercio de Campeche, como dependiente.

Escribió á su principal de Santander comunicándole la triste nueva de la muerte de su consocio, las peripecias de la navegación y por fin, la recalada feliz á Campeche, con la gananciosa venta de los géneros y el depósito de su cuantioso valor á su disposición en la Real Tesorería.

Extremada sorpresa tuvo el jefe al imponerse de la carta de su dependiente. Creía el buque sepultado, tiempo hacía, en el fondo del mar, sus intereses perdidos y á su consocio y dependiente devorados por los peces. En vez de tantas desgracias imaginadas, sabe que la expedición está salvada con ganancias crecidas y más pingües que las que un momento soñara al enviar su buque á Nueva España. Profundamente impresionado de gratitud, se apresuró á escribir á su joven dependiente, enviándole un poder en forma, con orden de tomar para sí la mitad del Capital salvado y con la otra mitad establecer en Campeche, en sociedad, una Sucursal de la casa de Santander.

He aquí al joven José Antonio Cano, dueño de una fortuna al entrar todavía por las puertas de la vida. Supo manejarla, conservarla, acrecentarla y retirado después de los negocios mercantiles, se trasladó á Mérida, donde adquirió en propiedad un honorífico empleo como miembro del Ayuntamiento, y se radicó definitivamente en la ciudad, haciéndose dueño de varias é importantes heredades urbanas y rústicas.

Aquí se casó en segundas nupcias con D^a Josefa Roo Rodríguez de la Gala, hermana de D^a Mariana Roo, esposa de D. José Matías Quintana y madre del célebre D. Andrés Quintana Roo, prócer de la Independencia y gloria inmarcesible de la literatura nacional.

De este matrimonio nacieron D^a Joaquina Cano, matrona ilustre de raras prendas, tales como solidez de la inteligencia y del carácter, encanto austero, virtud probada y además célebre por las ardientes simpatías que mostró por la independencia nacional y por la ilustración y grandeza de su patria, y D^a Paula Cano, inmediato origen del héroe cuya vida nos proponemos diseñar.

Del matrimonio de D^a Paula Cano con un pariente suyo, venido de España, llamado D. Bernardo Cano, nació D. Juan Cano y Cano, el 27 de Enero de 1815.

Este año fué uno de los más críticos en la historia del país, y para la familia Cano uno de los más aciagos. Fué el año de la restauración de Fernando VII, de la entronización del despotismo tan ingrato cuanto odioso, del abatimiento de los hombres de libertad y del triunfo y engrandecimiento de los secuaces del absolutismo. En Yucatán se marcó este año con vivos colores: los partidos contendientes se habían combatido con inusitado ardor y la lucha en la prensa y en la tribuna se había extremado inconsideradamente. El triunfo de los absolutistas, tan sorprendente como inesperado, si bien celebrado con repiques, cohetes, toros, máscaras, paseos y revistas, llevó el desconsuelo al seno de familias honorables, cuyos miembros fueron perseguidos,

detenidos ó condenados á presidio. El padre Velásquez sufrió larga y sombría prisión en el Convento de S. Francisco, el padre Jimenez Solís, en el Convento de la Mejorada, D. Pedro Almeida y D. Julián Molina (1) en la Cárcel pública, el padre Aguayo recibió su casa por Cárcel, y D. Lorenzo Zavala, D. Matías Quintana y D. Francisco Bates, fueron deportados á San Juan de Ulúa. Una de las familias que más sufrió fué la de D. José Matías Quintana, que permaneció con sus compañeros tres años en el más duro cautiverio. Tanta aspereza é injusticia, repercutió tristemente en la familia de D. Juan Cano, tan estrechamente unida con la de los Quintana, que sus desgracias no podían serle indiferentes. Por otra parte, aunque descendientes inmediatos de españoles, los Señores Cano, por su parentesco con la Señora Roo, simpatizaban abiertamente con la causa de la independencia y de sus sostenedores. De ello, son una prueba las célebres tertulias literarias de la casa de D^a Joaquina Cano, á donde concurrían los hombres más ilustrados de la época y los factores más decididos de la libertad, progreso y perfección del país.

Los años de infancia de D. Juan Cano, se pasaron entre las tristezas de las postrimerías de la monarquía absoluta y los jubilosos albores de nuestro primer despertamiento á la vida de los pueblos libres. A pesar de todo lo abrigaba un hogar demasiado tranquilo, de-

(1) D. Julián Molina y todos los demás miembros del Ayuntamiento de Bolonchenticul, de que aquel era Presidente, fueron procesados y traídos á la Cárcel Pública de Mérida, donde sufrieron una prolongada prisión.

masiado plácido, demasiado feliz, para que no sean envidiables los años que pasó allí al calor de esa familia, diseño de lo que era la familia yucateca en aquella época. Un padre severo y recto, pero bondadoso; una madre en cuyo semblante se retrata el respeto, la dignidad, el decoro suavemente sombreados por cierto tinte de dulzura y afabilidad cariñosa, y ambos enseñando con la palabra y el ejemplo, destilando lentamente en el espíritu, grabando insensiblemente en el corazón, la inclinación á servirse mutuamente, á sacrificarse recíprocamente, á amarse entre sí; virtudes que sellan á todos los hijos de un mismo hogar con el signo precioso de ternura fraternal que sobrevive á los extravíos de las pasiones, á las riñas del interés, y á las nieves de la ancianidad. Gozando de la holgura, suministrada por los productos del trabajo propio y del de los antepasados, pasaba la vida sencilla, modesta, sosegada, sin agitaciones, disgustos, sobresaltos, ni temores. Distribuíase el tiempo serenamente entre las prácticas de los deberes religiosos y civiles, el cuidado de la hacienda y la conservación de las relaciones familiares y sociales. Y el padre, consagrado de todo en todo á la felicidad de su esposa y de sus hijos, cifraba toda su delicia en las alegrías domésticas, en las fiestas religiosas íntimamente unidas entonces á todos los encantos de la vida de familia.

II.

Una nube de dolor y de lágrimas vino á turbar lo apacible de esta existencia en 1828, y fué el pensamiento de una separación amarga; pero impuesta por el deseo de saber y de ilustración que se había despertado vivamente en el país. No estábamos entonces en el oscurantismo, como algunos se complacen en decir, denigrando nuestros orígenes; teníamos colegios, teníamos escuelas; á los exámenes y actos literarios de la juventud escolar, se preciaban de asistir los hombres más distinguidos de nuestra sociedad y un anhelo de perfeccionamiento intelectual, de progreso científico, entusiasmaba á la juventud, estimulaba á los padres de familia y los impulsaba á buscar las mejores fuentes del saber y de la educación, para su linaje. El adelanto y progreso de los Estados Unidos de Norte América ya había empezado á ejercer en Yucatán, la misma fascinación é influencia que hoy nos hace acudir á ellos; influencia, no vituperable, si nos sirve para hacer razonada selección imitando sus virtudes y desviando sus defectos. Algunas familias principales de Mérida, decidieron enviar á sus hijos á un Colegio de New York, y en ejecución de este propósito, se embarcaron en Sisal en un buque de vela, á principios de 1828, varios jóvenes yucatecos y entre ellos D. Juan Cano, que apenas cumplía trece años y que ya, desde entonces, mostró en este trance tan doloroso la serenidad imperturbable de ánimo, que tantas veces lo hizo señalarse en el transcurso de su corta vida.

masiado plácido, demasiado feliz, para que no sean envidiables los años que pasó allí al calor de esa familia, diseño de lo que era la familia yucateca en aquella época. Un padre severo y recto, pero bondadoso; una madre en cuyo semblante se retrata el respeto, la dignidad, el decoro suavemente sombreados por cierto tinte de dulzura y afabilidad cariñosa, y ambos enseñando con la palabra y el ejemplo, destilando lentamente en el espíritu, grabando insensiblemente en el corazón, la inclinación á servirse mutuamente, á sacrificarse recíprocamente, á amarse entre sí; virtudes que sellan á todos los hijos de un mismo hogar con el signo precioso de ternura fraternal que sobrevive á los extravíos de las pasiones, á las riñas del interés, y á las nieves de la ancianidad. Gozando de la holgura, suministrada por los productos del trabajo propio y del de los antepasados, pasaba la vida sencilla, modesta, sosegada, sin agitaciones, disgustos, sobresaltos, ni temores. Distribuíase el tiempo serenamente entre las prácticas de los deberes religiosos y civiles, el cuidado de la hacienda y la conservación de las relaciones familiares y sociales. Y el padre, consagrado de todo en todo á la felicidad de su esposa y de sus hijos, cifraba toda su delicia en las alegrías domésticas, en las fiestas religiosas íntimamente unidas entonces á todos los encantos de la vida de familia.

II.

Una nube de dolor y de lágrimas vino á turbar lo apacible de esta existencia en 1828, y fué el pensamiento de una separación amarga; pero impuesta por el deseo de saber y de ilustración que se había despertado vivamente en el país. No estábamos entonces en el oscurantismo, como algunos se complacen en decir, denigrando nuestros orígenes; teníamos colegios, teníamos escuelas; á los exámenes y actos literarios de la juventud escolar, se preciaban de asistir los hombres más distinguidos de nuestra sociedad y un anhelo de perfeccionamiento intelectual, de progreso científico, entusiasmaba á la juventud, estimulaba á los padres de familia y los impulsaba á buscar las mejores fuentes del saber y de la educación, para su linaje. El adelanto y progreso de los Estados Unidos de Norte América ya había empezado á ejercer en Yucatán, la misma fascinación é influencia que hoy nos hace acudir á ellos; influencia, no vituperable, si nos sirve para hacer razonada selección imitando sus virtudes y desviando sus defectos. Algunas familias principales de Mérida, decidieron enviar á sus hijos á un Colegio de New York, y en ejecución de este propósito, se embarcaron en Sisal en un buque de vela, á principios de 1828, varios jóvenes yucatecos y entre ellos D. Juan Cano, que apenas cumplía trece años y que ya, desde entonces, mostró en este trance tan doloroso la serenidad imperturbable de ánimo, que tantas veces lo hizo señalarse en el transcurso de su corta vida.

New York no era, en 1828, lo que es hoy: el emporio del comercio, de la riqueza, de la superioridad financiera; pero ya cualquier genio perspicaz podía distinguir su grandioso porvenir, en la importancia de su tráfico mercantil, al cual da tanta comodidad y facilidades su bella situación entre dos ríos, que bajando hacia el Océano, le forman como una cintura diáfana y cristalina. Su movimiento ya presagiaba lo que sería después; los vapores cruzaban ya su puerto y muchos buques de vela se veían diariamente fondeados junto á sus muelles. Aun no existía el colosal Parque Central, sino apenas un macizo de arboleda en el vértice del ángulo que forma la ciudad y que hasta hoy conserva su antiguo nombre de «Batería;» tampoco existían las amplias avenidas y la calle de lujo, de grandes almacenes de comercio, era Broadway que se extendía casi por cuatro millas, preludivando las grandes avenidas modernas.

El joven Cano, arrancado de la apacible quietud y sociado de su querida ciudad de Mérida, fué pasando de asombro en asombro, atónito de admiración, ante las grandezas de la naturaleza y los prodigiosos adelantos de la razón humana. Vió por primera vez en su vida, el espectáculo del mar con toda su grandiosidad; permaneció largos días y noches en medio de las soleadas del Océano, y luego al desembarcar en New York, contempló un movimiento mercantil para él maravilloso: quinientos buques en el puerto, grandes depósitos, vastos almacenes, oleadas de gente que ocurría precipitada en alas del negocio. De seguro la misma

consideración del magnífico y espléndido panorama que se desplegó á su vista, al llegar á los Estados Unidos, le hizo consagrar un recuerdo á la patria ausente y gravó más profundamente en su alma, ese amor que siempre le consagró.

Cuando los jóvenes yucatecos llegaron á New York, el colegio de más reputación entre los corresponsales del Comercio de Yucatán, era el que dirigía Mr. Peugnet, Oficial del ejército de Napoleón, que después del desastre de Waterloo, emigró á los Estados Unidos. Desde 1825, D. Lorenzo de Zavala (1) había conocido este Colegio y aun colocó en él á un hijo suyo, y cuando en 1830 hubo de volverlo á visitar, hacía alabanzas de su método educativo y se confesaba satisfecho de las semillas de virtud y de instrucción que en él se depositaban en los tiernos corazones de los jóvenes educandos. En este viaje, Zavala conoció al joven Cano, y quedó prendado de su bello carácter, de su talento y de sus sentimientos elevados y puros, y desde entonces sintió hacia él, el afecto y simpatía que jamás después se entibieron. (2)

No tenemos que contar todos los accidentes ya monótonos, ya conmovedores, ya prosaicos, ya tiernos,

(1) Viaje á los Estados Unidos, página 152.

(2) A una milla de distancia, sobre una colina llamada Round Hill, está el establecimiento literario de M. Cordowell, en donde puse á mi hijo, y fué enviado al mismo tiempo otro yucateco llamado D. Juan Cano, cuyo talento, aplicación y conducta le harán dentro de algunos años uno de los primeros hombres entre los mexicanos.—Zavala.—Viaje á los Estados Unidos, página 291.

que tiene la vida del Colegio, la cual, con pocas excepciones, tiene sus semejanzas y analogías en todos los lugares y épocas. Solamente haremos notar una circunstancia que ejerció avasalladora influencia en el alma juvenil y por lo mismo entusiasta y ardorosa del joven Cano. Mr. Peugnet, como todos los que habían servido bajo la bandera de Napoleón, había sufrido el ascendiente de este elevado genio, y conservaba de él los recuerdos más vivos y profundos. La memoria de su antiguo jefe lo cautivaba, lo hechizaba, lo subyugaba, aun á pesar suyo, y en sus conversaciones, en sus lecciones, en sus actos privados y públicos, aprovechaba toda ocasión de referir patéticamente los rasgos de las batallas de que había sido testigo, y las hazañas del gran Capitán del Siglo, que tienen el dón de exaltar y arrebatarse el ánimo de cuantos las leen en las historias, las oyen contar en la plaza pública ó las escuchan referir al calor de la lumbre del hogar. Ya se sabe lo que es la juventud, no tanto propensa á admirar las cualidades sólidas y útiles, cuanto lista á entusiasmarse por las cualidades brillantes. Las narraciones expresivas y vehementes de Mr. Peugnet, criaron en el alma del joven Cano, sentimientos de admiración á Napoleón y vocación decisiva á la carrera y ciencia militar. (1)

(1) Del Colegio de Mr. Peugnet fué trasladado al de Mr. Cordowell á fines de 1830; pero este nuevo instituto no pudo borrar las primeras impresiones grabadas en el ánimo del joven Cano, por Mr. Peugnet.

Impulsado ya de esta pasión y acaso instigado por los consejos de Mr. Peugnet, cifraba toda su ilusión en ir á Francia á completar sus estudios hasta llegar á ser un perfecto Ingeniero Militar. Así fué que vuelto á Mérida á principios del año de 1832, rehusó las invitaciones que le hizo su padre para que abriese un establecimiento mercantil, y á todas las indicaciones solícitas del autor de sus días correspondía con apremiantes instancias de que se le permitiese embarcarse para Europa y permanecer allí algunos años ocupado en ampliar su instrucción y en saciar la sed de gloria y sabiduría que sentía en su alma. Ante vocación tan persistente y decidida hubo que condescender y al fin se le proporcionaron los recursos suficientes, con los cuales emprendió inmediatamente la travesía del Océano. Llegó en los últimos meses de 1832 á la Capital de Francia, gobernada por Luis Felipe de Orleans, y donde irradiaban con portentosa luz, los grandes ingenios que hicieron célebre á la Francia en todas las ciencias, durante la primera mitad del siglo que toca á su fin. Ingresó el joven Cano en la Escuela Central de París, (1) y allí pudo, desde los primeros días, conquistarse un lugar de distinción. Tuvo la fortuna de hacer bien sus humanidades, pues en Yucatán, bajo la dirección de D. Juan

(1) Pretendió estudiar en la Escuela Politécnica, y aunque en ella solamente eran aceptados jóvenes nacidos en Francia ó sus colonias, por mediación de un amigo respetable el gobierno francés ofreció aceptarlo, siempre que renunciase la nacionalidad mexicana, y aceptase la francesa. El joven Cano prefirió no entrar á la Escuela Politécnica á renunciar á su nacionalidad.

de Dios Enríquez, estudió con aprovechamiento la lengua latina y luego la cultivó hasta el grado de llegarla á conocer profundamente y de leerla con facilidad y soltura como su propio idioma. (1) En New York aumentó su instrucción, sobre todo, en ciencias naturales y exactas. Así pudo descollar entre ochocientos condiscípulos de la Escuela Central, ocupando entre ellos el primer lugar desde el principio hasta el fin de los cursos. Le ayudaban sus extraordinarias aptitudes intelectuales, entre ellas una felicísima memoria que le permitía aprender al pie de la letra volúmenes enteros. Formaba juicio exacto y rápido de las cosas y le acompañaba cierta sagacidad y buen sentido que nunca le abandonó, como tendremos ocasión de palparlo, no pocas veces, en los trances más graves de su corta y gloriosa existencia. Era su percepción aguda y penetrante y su imaginación ardiente y apasionada, la cual en su primera juventud le arrastró á pulsar la lira, escribiendo versos que nunca quiso publicar. Las líneas generales de su fisonomía, severa á la par que bondadosa, denunciaban á primera vista en él, al hombre de talento despejado y claro, de carácter firme y varonil, capaz de grandes resoluciones. En lo físico era de talla

(1) Más tarde, ya Teniente Coronel de Ingenieros, residente en México, recreaba sus ocios con la lectura de los clásicos latinos. Una tarde entró á visitarle su amigo el poeta D. Guillermo Prieto, y al encontrarle con Tácito en las manos y oírlo leer al célebre historiador, no pudo menos el renombrado poeta que hacer una manifestación sincera de admiración por la destreza con que traducía, y que le había hecho creer que estaba leyendo no un libro en latín, sino uno en castellano.

mediana, grueso de estructura, ancho de pecho, de musculatura vigorosa, tez blanca y pálida, párpados muy abiertos, ojos prominentes y frente muy espaciosa, coronada de cabello castaño oscuro.

El año de 1837 concluyó sus estudios y dió espléndida muestra de la perfección con que los había hecho por sus exámenes, en los cuales obtuvo las calificaciones más honoríficas. Triunfante en las sólidas y fuertes pruebas á que lo sujetaron, se hizo digno del honroso diploma de ingeniero militar, el cual le fué conferido con la aprobación unánime de sus examinadores. Con este motivo tuvo el honor de ser recibido en audiencia privada por el Gral. Soult, ministro del Rey Luis Felipe, quien le dedicó palabras de alabanza y aplauso, por el éxito brillante de sus estudios y aun le brindó con el distinguido puesto de oficial de ingenieros en la legión extranjera que se estaba organizando para prestar sus servicios en Argelia. Declinó cortesmente la invitación, manifestando que aunque conservaba cordial gratitud á Francia, á quien debía el colmo de su educación científica, amaba entrañablemente á México, su patria, y á ésta quería consagrar las primicias de sus labores profesionales. Este rasgo, prominente de juvenil patriotismo le atrajo el aprecio de D. Anastasio Bustamante, á quien conoció en París en casa de D. Lorenzo de Zavala, Ministro de México en Francia, cuyos salones estuvieron siempre abiertos al joven Cano, no solamente por el natural atractivo de paisanaje, sino por la simpatía que despertaba en Zavala su talento é instrucción y su genio vivo, á la par que austero.

III.

Concluidos sus exámenes volvió Juan Cano á cruzar el Atlántico en busca del hogar paterno. Llegó á Yucatán en 1838, cuando el país estaba regido por el gobierno republicano centralista. Por una coincidencia singular, la autoridad estaba en esos momentos en la Península, en manos de una sola familia, pues mientras que el poder civil lo ejercía D. Pedro Marcial Guerra Correa, como Gobernador nombrado por el Presidente de la República, la autoridad eclesiástica residía en el Ilustrísimo Sr. D. José María Guerra Correa, que propuesto también por el Ejecutivo de la Unión, había sido consagrado Obispo de Yucatán desde 1834. Distaba mucho la Península de gozar de calma y de quietud; al contrario: las justas exigencias del impuesto de sangre y dinero, para la guerra de Texas, habían criado cierto descontento que se aprovechaba para minar al Gobierno establecido y derrocarlo con objeto de sustituirle con otro Gobierno descentralizador, que con más ligereza de alma que justa percepción del honor del Estado, dejó vislumbrar cierta simpatía por una utópica independencia productora de males sin cuento. Juan Cano comprendió desde la primera ojeada la situación política de Yucatán; pero sin mezclarse en las disputas y contiendas envenenadas por las pasioncillas locales, conservó su alma en elevado nivel moral, desde donde, con ilustrado patriotismo, ponía encima de los pequeños intereses de nuestra localidad, los supremos y sagrados derechos de la nacionalidad mexicana, para

la cual en sus juveniles ardores soñaba legítimo y radiante porvenir.

Así fué, que cuando recreaba su corazón con la miel de los tiernos halagos de los autores de sus días, una noticia vino de improviso á resonar en su alma, como la voz del deber que lo llamaba al trabajo y al sacrificio. El Correo trajo la nueva de que el Contralmirante francés Baudín había llegado á Veracruz con una formidable escuadra, exigiendo al Gobierno de la República Mexicana una suma fabulosa, como indemnización de los daños sufridos por unos súbditos franceses en el famoso saqueo del Parian en la revolución de «La Acordada» en 1828.

En toda la nación se conocía perfectamente la historia de tan malhadado negocio, y se estaba en aptitud de apreciar lo exorbitante de las pretensiones del gobierno francés, entre las cuales figuraban imaginarios perjuicios de cierto pastelero, que alegaba le habían robado el día del saqueo, pasteles por valor de sesenta mil pesos. La opinión pública se había pronunciado con vehemencia, en el sentido de no diferir á tan injustas exigencias, y por eso, desde que llegaron á Yucatán los primeros rumores del conflicto, Juan Cano comprendió que no tardaría Veracruz en ser atacado por los franceses. Consideró que su puesto estaba señalado en las filas de los defensores de la patria, y, arrancándose de los amorosos afectos de su familia, se alistó apresuradamente y se puso en camino con el fin de llegar á Veracruz en tiempo oportuno para pelear por la causa nacional.

En aquellos años las comunicaciones con el resto de la República eran difíciles, escasas y tardías. Meses enteros se pasaban á veces, sin que el correo de la Capital llegase á nuestro lejano Estado. Con este motivo no faltó quien le hiciese observar los peligros del viaje, y acaso lo estéril del sacrificio. Nada detuvo á Cano en su propósito de volar á ofrecer sus servicios al gobierno federal. No encontrando buque alguno en Sisal, se dirigió á Campeche en busca de un barco cualquiera que lo llevase á Veracruz, y no habiéndolo encontrado tampoco, desesperado de la tardanza, se embarcó en una mala canoa que salió esos días para Alvarado. Los que han viajado en canoa, pueden graduar cuánta fortaleza atesoraba el corazón de Cano, cuando se atrevió á acometer este viaje, sin reparar en peligros. Era la estación de los nortes en que soplan en el golfo vendabales furiosos y la navegación de Campeche á la costa de Veracruz, se hace muy arriesgada, porque el viento coge casi siempre de través á las embarcaciones, y no pocas veces las hace embarrancar. La costa de Chiltepec á Alvarado, cuenta por centenares los naufragios, y sus escollos y obscuras rocas son mudos testigos de escenas horripilantes en que han perecido vidas y hacienda. Nada, sin embargo, arredró á Cano, ante el mandato imperativo de su conciencia de mexicano joven y pundonoroso, de soldado indomable. Se dió á la vela y por poco es víctima de su intrepidez. Como era de esperarse, el norte se desató sin piedad y la canoa después de mil penalidades, fué lanzada á un atolladero de la costa, en don-

de con mil trabajos pudo Cano salvar la vida. Se dirigió á Alvarado, y allí hubo de sufrir la mayor contrariedad del viaje, y fué la de saber la toma de San Juan de Ulúa por los franceses, su desembarco en Veracruz, la escaramuza que sostuvo con ellos el General Santa-Ana, y por último, la retirada que éste ordenó sin causa justificada. Cano no se detuvo, alquiló un caballo y se dirigió á toda prisa á Veracruz; pero cuando llegó á esta ciudad ya el gobierno federal estaba tratando de poner término á la guerra y de concluir la paz, la cual en efecto se hizo el 9 de Marzo de 1839.

Perdida la esperanza de servir en la guerra franco-mexicana, continuó Juan Cano su viaje á la Capital de la República, y allí pidió sentar plaza en el Cuerpo de Ingenieros militares. Se requería para ello sufrir exámenes que comprobasen la instrucción militar suficiente, y con este objeto el Ministro de la Guerra lo envió al Director General del Cuerpo de Ingenieros, que lo era á la sazón el General García Conde. Este, cambiadas las primeras palabras de cortesía con el joven yucateco, le insinuó que los exámenes del Colegio Militar se distinguían por su severidad, y que así le aconsejaba prepararse convenientemente, renovando los estudios que había hecho á fin de no exponerse á un rechazo bochornoso. Y como tomando interés por el buen éxito del joven aspirante, concluyó preguntándole cuánto tiempo necesitaba para prepararse, ofreciendo concederle el que le conviniese. Cano le respondió en el acto con sencillez é ingenuidad, que conocía las materias sobre que debían versar los exámenes, y que se

creía en aptitud de sustentarlos aquel mismo día, si el General Director lo ordenaba. Este no se hizo de rogar, y sin demora fijó el día y por lugar el Castillo de Chapultepec. Luego, luego, se esparció el rumor de la respuesta que Juan Cano había dado al General García Conde, calificándose por algunos de juvenil petulancia. Querían otros ver cómo satisfacía al Sínodo un alumno de la Escuela Central de París, así es que el día marcado concurren á Chapultepec, los militares más instruidos, los Profesores del Colegio Militar, algunos de Minería y un gran número de alumnos de las escuelas de ingenieros y artillería. Tres horas duró el primer examen y cuatro horas el segundo y tercero, tratándose en ellos las materias que la ley vigente exigía saber á todo aquel que aspiraba al título y empleo de ingeniero militar. Disertó con maestría y profundidad el joven examinado, y con fácil palabra y despejado ingenio, mostró la sólida instrucción que poseía y alcanzó no solamente la aprobación unánime, sino la simpatía de los severos sinodales. Uno de los asistentes, el General Chavero, testificaba que los exámenes fueron muy lucidos, y que Cano había obtenido las notas más honoríficas y sobresalientes de un jurado muy competente. Tan cumplido éxito, le abrió las puertas del cuerpo de ingenieros y le atrajo la amistad y benevolencia de muchos hombres de positivo valer en la carrera militar y en la política. El Gobierno le expidió el despacho de Capitán de ingenieros, y con este grado ingresó al ejército nacional.

IV.

No tardó en presentarse ocasión favorable de mostrar su pericia é inteligencia. A pesar de los conflictos con Francia ó aprovechándose de ellos el Capitán Longinos Montenegro, se rebeló en Tampico el 7 de Octubre de 1838, contra el gobierno establecido, secundando los esfuerzos que para restablecer el sistema republicano federal hacían, desde 1837, Don Valentín Gómez Farías y el padre Alpuche en México, Gordiano Guzmán en Michoacán y el General Urrea en Sonora. Los rebeldes de Tampico, entraron en relaciones amistosas con los franceses anclados en Veracruz, y aprovecharon la circunstancia de que el gobierno nacional tuviese concentrada toda su atención en defenderse del invasor extranjero, para vigorizar sus fuerzas y extender su campo de acción. No sólo Tampico sino también Matamoros, Tuxpan y Soto la Marina, estaban en poder de los sublevados, y cuando ya la paz estaba firmada con Francia, se sintieron suficientemente poderosos para movilizar sus fuerzas y amenazar á la plaza de Puebla, con un ejército al mando del General mexicano Urrea y del cubano José Antonio Mejía. El General Gabriel Valencia con las fuerzas del gobierno, los atacó y derrotó en Acajete el 2 de Mayo de 1839.

Mientras esto acontecía, ya el Presidente Bustamante en persona, llevando por segundo Jefe á Don Mariano Arista, había salido de México el 18 de Marzo, con una fuerte división para destruir á los rebeldes en su guarida principal, Tampico, que como puerto de mar,

creía en aptitud de sustentarlos aquel mismo día, si el General Director lo ordenaba. Este no se hizo de rogar, y sin demora fijó el día y por lugar el Castillo de Chapultepec. Luego, luego, se esparció el rumor de la respuesta que Juan Cano había dado al General García Conde, calificándose por algunos de juvenil petulancia. Querían otros ver cómo satisfacía al Sínodo un alumno de la Escuela Central de París, así es que el día marcado concurren á Chapultepec, los militares más instruidos, los Profesores del Colegio Militar, algunos de Minería y un gran número de alumnos de las escuelas de ingenieros y artillería. Tres horas duró el primer examen y cuatro horas el segundo y tercero, tratándose en ellos las materias que la ley vigente exigía saber á todo aquel que aspiraba al título y empleo de ingeniero militar. Disertó con maestría y profundidad el joven examinado, y con fácil palabra y despejado ingenio, mostró la sólida instrucción que poseía y alcanzó no solamente la aprobación unánime, sino la simpatía de los severos sinodales. Uno de los asistentes, el General Chavero, testificaba que los exámenes fueron muy lucidos, y que Cano había obtenido las notas más honoríficas y sobresalientes de un jurado muy competente. Tan cumplido éxito, le abrió las puertas del cuerpo de ingenieros y le atrajo la amistad y benevolencia de muchos hombres de positivo valer en la carrera militar y en la política. El Gobierno le expidió el despacho de Capitán de ingenieros, y con este grado ingresó al ejército nacional.

IV.

No tardó en presentarse ocasión favorable de mostrar su pericia é inteligencia. A pesar de los conflictos con Francia ó aprovechándose de ellos el Capitán Longinos Montenegro, se rebeló en Tampico el 7 de Octubre de 1838, contra el gobierno establecido, secundando los esfuerzos que para restablecer el sistema republicano federal hacían, desde 1837, Don Valentín Gómez Farías y el padre Alpuche en México, Gordiano Guzmán en Michoacán y el General Urrea en Sonora. Los rebeldes de Tampico, entraron en relaciones amistosas con los franceses anclados en Veracruz, y aprovecharon la circunstancia de que el gobierno nacional tuviese concentrada toda su atención en defenderse del invasor extranjero, para vigorizar sus fuerzas y extender su campo de acción. No sólo Tampico sino también Matamoros, Tuxpan y Soto la Marina, estaban en poder de los sublevados, y cuando ya la paz estaba firmada con Francia, se sintieron suficientemente poderosos para movilizar sus fuerzas y amenazar á la plaza de Puebla, con un ejército al mando del General mexicano Urrea y del cubano José Antonio Mejía. El General Gabriel Valencia con las fuerzas del gobierno, los atacó y derrotó en Acajete el 2 de Mayo de 1839.

Mientras esto acontecía, ya el Presidente Bustamante en persona, llevando por segundo Jefe á Don Mariano Arista, había salido de México el 18 de Marzo, con una fuerte división para destruir á los rebeldes en su guarida principal, Tampico, que como puerto de mar,

les suministraba abundantes recursos. El Presidente daba mucha importancia á la toma de Tampico, y no puso mano á la empresa sino después de conferenciar largamente con el Sr. Don Luis Cortazar, inteligente y experimentado gobernador de Guanajuato, y de haber reunido recursos suficientes de gente, municiones de boca y guerra, y todo lo necesario á no fracasar en la campaña. Cuando la división se dirigió á Tampico, se componía de cuatro mil hombres, llevando Jefes muy distinguidos, y por Mayor general al Sr. General Rodríguez de Cela. Tocóle en suerte á Juan Cano ir en esta división como jefe del cuerpo de ingenieros.

Tampico estaba defendido por ochocientos hombres de guarnición, veintiseis cañones de grueso calibre y varias lanchas cañoneras, y mandaba en Jefe el General Urrea, que habiendo logrado escaparse de ser cogido prisionero en la acción de Acajete, huyó primero para Tuxpan y de allí se fué á Tampico, el cual puso en estado de defensa casi inexpugnable. La ciudad estaba defendida en sus flancos por extensas lagunas, ciénagas y tembladeros. El único camino que conducía al puerto, estaba dominado por un fuerte, ocupado por tropas rebeldes, cuyos fuegos mientras no se apagasen, hacían inaccesible la ciudad. El ataque de frente era en extremo riesgoso; por los flancos parecía imposible. No se ocultaron tales dificultades al General Arista al aproximarse á fines de Mayo de 1839, á las cercanías de Tampico. Convocó un consejo de guerra para discutir el plan más adecuado á sobrepujar tan fuertes obstáculos, con el menor derramamiento

de sangre y con más esperanzas de seguro triunfo, y después de oídos varios dictámenes, adoptó la opinión de Juan Cano, la cual fué no empeñar la acción sin reconocer previamente los flancos del fuerte, porque decía, si estos pueden flanquearse, la toma del fuerte es cuestión de minutos, y una vez rendido, la rendición de Tampico será indeclinable; mientras que si se encontrasen los flancos inabordables, habrá que hechar mano de otros medios más sangrientos y costosos, á que no se debe acudir sino en caso de necesidad apremiante. El mismo Capitán Cano fué encargado de practicar el reconocimiento, y con doscientos hombres se introdujo por aquellas interminables ciénagas, sondeándolas y reconociéndolas perfectamente. Apoyaba su operación una batería, que con el objeto de entretener al enemigo, abrió sus fuegos contra el fuerte, y además se simulaban embestidas á las fortificaciones avanzadas. El Capitán Cano aprovechó bien su tiempo y volvió al campo dando buena cuenta de su comisión; había encontrado un vado, aunque con el agua á la cintura, pero con la ventaja de ser completamente desconocido al enemigo. Por este lado podía ser sorprendido con seguridad. Con tan faustas nuevas, el General en Jefe no hizo esperar sus órdenes; dispuso asaltar el fuerte aquella misma noche y encargó al mismo Capitán Cano de la operación más diestra y peligrosa, de vadear la ciénaga con quinientos hombres y atacar el fuerte por el flanco, en tanto que otra fuerza lo atacaba de frente. Todo se ejecutó exactamente y fué coronado de maravilloso resultado: se va-

dearon las ciénagas, se emprendió el asalto del fuerte, y al alborear el día, el enemigo estaba derrotado y el fuerte en poder del Capitán Cano, después de un corto pero sangriento combate. Desde entonces, dató, según expresión literal del General Arista, la gran reputación de talento y valor que conquistó Cano en el ejército, y que en vez de amenguar, creció más y más hasta su heroico sacrificio en Chapultepec.

La toma del fuerte que dominaba el camino de Tampico, hizo cundir el desaliento en las filas rebeldes. El General Urrea abandonó Tampico, con pretexto de ir en busca de auxilios, y D. Tomás Barberena, comandante de las lanchas cañoneras, se sometió con ellas al gobierno. No quedó más recurso á los rebeldes que capitular, y así lo hicieron por la mediación del Cónsul inglés.

El General Arista entró á Tampico el 4 de Junio de 1839, y el Gobierno creyó con esto haber asestado un golpe formidable á la rebelión.

Así era en efecto, pues con la ocupación de Tampico y Tuxpan, la revolución pareció extinguirse, aunque desgraciadamente para renacer más tarde bajo otra forma. Alucinado con estas esperanzas de paz, volvió el Presidente D. Anastasio Bustamante á México, el 19 de Julio de 1839, y con él el Capitán Cano, cuyo prestigio y reputación le señalaban ya un lugar prominente en la sociedad.

V.

No permaneció largo tiempo en la Capital, porque á poco de allí estalló un levantamiento en la Sierra de Querétaro, revistiendo carácter amenazador, porque más que apariencias políticas, afectaba un aspecto social. Los belicosos indios de aquella región, encabezados por el General Mejía, se levantaron airados, para arrojar de su territorio á los guardas enviados á destruir sus sementeras de tabaco, en sostenimiento del monopolio legal de este artículo de comercio, que era uno de los recursos del gobierno en aquella época. El tabaco estaba estancado, y lo que es peor el monopolio en manos de unos usureros, que por un plato de lentejas habían comprado la exclusiva de cultivarlo y expendirlo convertido en puros y cigarros en toda la extensión de la República. Privados los indios de su principal recurso de subsistencia, empuñaron las armas, arrojaron de su territorio á los agentes del monopolio y derrotaron las fuerzas que el Gobernador de Querétaro envió á reprimirlos.

Temióse por un instante que los indios sitiasen á Querétaro, cuya pequeña guarnición, después de la derrota sufrida, era incapaz de resistir las numerosas huestes de un enemigo audaz, valiente y resuelto á todo. Se dieron órdenes para que marchasen á Querétaro fuerzas de Guanajuato y de México, y entre estas últimas el Batallón de Zapadores, en el cual servía Juan Cano. Era Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, el General Juvera, español venido á México



como oficial subalterno en uno de los batallones que el Gobierno de España envió á México á combatir á los insurgentes. Realizada la Independencia había permanecido en la República y adquirido la nacionalidad mexicana, con la cual continuó en el ejército nacional, hasta alcanzar el grado superior que tenía. Convertido por las circunstancias en Jefe de las tropas que debían operar sobre los indios de la sierra de Querétaro, el General Juvera tuvo á sus órdenes á Juan Cano, á quien destinó con una fuerza de zapadores que puso á su mando, á aproximarse lo más posible á un cerro ocupado por los indios rebeldes, y desde allí observar todos sus movimientos, con expresa prohibición de dar paso alguno sin orden expresa del General en Jefe. Cumplió Cano sus instrucciones, permaneciendo inactivo mientras Juvera reunía sus fuerzas y formaba su plan de campaña; pero hubo un momento de aquellos en que el subalterno debe tener iniciativa para no desaprovechar una ocasión propicia de dar el golpe de gracia al enemigo, y Cano no pudo esta vez contener el ímpetu de su inspiración, que le auguraba un triunfo decisivo. Conoció con evidencia que era fácil dar al enemigo un golpe de mano, que por lo inesperado podría, si no aterrorizarle y á empujarle á solicitar la paz, al menos inaugurar la campaña con una acción brillante que realzase el ánimo del soldado. El éxito dependía del secreto que se guardase, y así, sin decir palabra de su propósito á nadie, salió una noche del campamento con sólo ciento cincuenta hombres bravos y aguerridos de su batallón, se metió en un barranco

profundo que defendía el flanco derecho de la posición enemiga y andando toda la noche, llegó al amanecer á la retaguardia del cerro, que por su altura y situación parecía inexpugnable. Sin ser sentido alcanzó la cima del cerro, y cuando menos lo esperaban, se vieron los indios rebeldes repentina y vigorosamente atacados en los espaldares por una fuerza cuyo grueso ignoraban. Entró la confusión entre ellos, pero no de tal manera que no hiciesen resistencia; la hicieron y muy seria, pero Juan Cano con gran firmeza y decisión, supo vencerla á todo trance, apoderándose de la fortificación y de cuatrocientos prisioneros. En este combate se distinguió por su valor y sagacidad en librarse de caer prisionero un joven de veinte años, que seguido de unos cuantos compañeros, consiguió abrirse paso entre los soldados victoriosos que le rodeaban. Este joven era el célebre D. Tomás Mejía que hacía sus primeras armas y que después tanto se distinguió por su valor y adhesión á su bandera.

Entre los prisioneros había algunos Jefes y Oficiales que temían ser sacrificados al furor de los vencedores. Pronto Cano los sacó de su triste idea. Llamólos á su presencia, tratólos con suma bondad y los tranquilizó, asegurándoles que su vida no corría riesgo é invitándoles á tomar con él el frugal desayuno que el lugar y las circunstancias permitían. Tratamiento tan franco y generoso le captó las simpatías de los vencidos, que siempre el agradecimiento se desborda en el acto de recibir el beneficio, aunque después deje la misma huella que la hélice de un buque en las ondas de la

mar. Se mostraron dispuestos á servir á su noble vencedor, y fué cuando se apersonó con el que parecía más caracterizado de los Jefes vencidos, y se propuso persuadirle la conveniencia de escribir á su General invitándole á terminar tan funesta guerra. Hízolo así el Jefe vencido y uno de los soldados prisioneros llevó la carta.

La invitación á la paz surtió su efecto, pues el viernes santo de 1840, se presentaron en el campamento de Cano, situado en la montaña, gran número de indios acaudillados por los Generales Mejía y Sánchez. Cano los recibió del modo más cordial y amistoso, inquirió el motivo de su rebelión y procuró con ahinco insinuarse en su espíritu y captarse su confianza. Contestáronle que no era otro el motivo de su levantamiento, sino la destrucción de sus plantíos de tabaco y la ceguedad del gobierno en sostener el odiado monopolio de un artículo con que libraban su subsistencia tantos infelices. Juan Cano no dejaba de comprender que aquellos sencillos y valientes labriegos, tenían bastantes excusas de su rebelión, pues que defendían la fuente principal de los alimentos de su familia, y movido de un sentimiento generoso, les ofreció que jamás volvería á cometerse la iniquidad de que se quejaban, añadiendo que de seguro el Presidente de la República no sabía aquellos medios inicuos con que se quería conservar el monopolio del tabaco. Los indios y sus jefes, encantados del sincero y honrado lenguaje de su vencedor, mostráronse dispuestos á someterse y en efecto se sometieron. Levantóse una acta firmada por Cano y los Generales Mejía y Sánchez. La guerra quedó terminada, y los

rebeldes volvieron á sus tareas agrícolas, confiados en la promesa solemne de Cano.

El resultado feliz de la atrevida empresa de Cano, parecía deber sincerar su conducta ante sus superiores y hacerles cerrar los ojos respecto de la infracción disciplinaria que había economizado gastos y derramamiento de sangre. No fué, sin embargo, esta la impresión que tuvo el General Juvera al saber la derrota y sumisión de los rebeldes. En su prevenida mente, más pesó la conservación de la disciplina militar, que el brillante triunfo obtenido, y sin ambages mostró su indignación contra el subalterno, que sin orden suya había iniciado las operaciones militares, triunfando contra el enemigo y cuya audacia había llegado al extremo de ajustar la paz. Lo destituyó del mando de su fuerza victoriosa, lo llamó á Querétaro y lo sometió á consejo de guerra. Corrió el rumor entonces de que se le iba á imponer la pena de muerte, pero tal medida hubiera sido en extremo injusta y aun peligrosa, porque la guarnición amaba con entusiasmo á Cano. Éste compareció ante sus jueces, pero no quiso encargar á nadie de su defensa; él mismo se defendió con toda la energía de su carácter y con la elocuente y fácil palabra de que estaba dotado. Su vigoroso razonamiento, la simpatía que inspiraba su proceder y la aureola del triunfo obtenido, pudieron más que la influencia del superior enojado. El consejo, después de madura deliberación, decidió absolverlo.

Entretanto los sucesos se supieron en México, y Don Andrés Quintana Roo, tío del procesado, y que por

sus eminentes servicios á la patria, gozaba de merecido prestigio, pudo conseguir el ministro de la guerra llamase á Cano á México, donde el Presidente de la República, impuesto de todas las circunstancias del hecho de armas, aprobó y reconoció sus buenos servicios, pero no le permitió volver á Querétaro por consideraciones al General Juvera, consideración que éste no supo agradecer, porque un año después, se unió al levantamiento militar organizado por los Generales Paredes, Santa-Ana y Valencia, para derrocar á D. Anastasio Bustamante.

VI.

Cayó Bustamante y entró Santa-Ana á sustituirlo, nombrado por una junta de militares reunida en Tacubaya, sin legalidad de ninguna especie. El triunfo lo constituyó en gobierno de hecho de la República, y como era lógico, empezó á distribuir los empleos entre sus amigos. Cano nunca le había sido simpático, atendido su carácter franco y sincero, incapaz de ambages ni adulaciones; y así, no lo empleó en el ejército, sino que le envió á dirigir la construcción del proyectado camino de Cuernavaca á Acapulco. Trabajó allí algún tiempo, aunque sin conseguir gran cosa, porque á pesar de sus perseverantes gestiones, no le suministraban los fondos necesarios para la obra. Por haberse quejado sin rodeos y con claridad de los hombres influyentes que se hacían sordos á sus peticiones de recursos, el gobierno lo separó de la dirección del camino.

Regresó á México; pero para guardar poco tiempo el sociogo, pues á los pocos meses Santa-Ana, con pretext-

to de una conspiración que dijo haber descubierto para restaurar el sistema federal, mandó arrestar el 30 de Abril de 1843 á Don Manuel Gómez Pedraza, á Don Mariano Riva Palacio, á Don José Ma Lafragua, á Don Mariano Otero, á los Generales Terrés, Torrejón y otros militares, entre los cuales se contaba D. Juan Cano, quien fué expulsado del territorio nacional y obligado á ir á pasar sus tristes horas de ostracismo á la ciudad de la Habana. Allí estaba cuando le visitó el Coronel cubano Don Francisco Sentmanat, y le confió el secreto de su proyecto de invadir Tabasco con doscientos filibusteros enganchados en Nueva Orleans; y aun llegó á tal punto su atrevimiento de insinuarle embozadamente que le acompañase en su malhadada empresa. Cano rechazó con indignación sus insinuaciones por antipatrióticas é infames, hizo cuanto pudo para disuadirle, y le pronosticó el irremediable fracaso en el cual, ciego é imprevisor, vino por justicia á estrellarse.

El gobierno de Santa-Ana permitió más tarde á Cano volver á la República, y le encargó algunas obras de fortificación en Veracruz; pero sujetas á la vigilancia de las autoridades locales, taxativa que impidió su ejecución, por las mil dificultades que opusieron con varios pretextos, al cumplimiento de la comisión. No obstante, Cano hizo un estudio completo y un proyecto de fortificaciones, que reservó para someterlos á un gobierno que tuviese tiempo y voluntad de llevarlos á cabo.

Entretanto la nación entera se mostraba indignada contra Santa-Ana, que rodeado de favoritos, agiotistas é ineptos, llevaba á la República al abismo. Oneroso

sus eminentes servicios á la patria, gozaba de merecido prestigio, pudo conseguir el ministro de la guerra llamase á Cano á México, donde el Presidente de la República, impuesto de todas las circunstancias del hecho de armas, aprobó y reconoció sus buenos servicios, pero no le permitió volver á Querétaro por consideraciones al General Juvera, consideración que éste no supo agradecer, porque un año después, se unió al levantamiento militar organizado por los Generales Paredes, Santa-Ana y Valencia, para derrocar á D. Anastasio Bustamante.

VI.

Cayó Bustamante y entró Santa-Ana á sustituirlo, nombrado por una junta de militares reunida en Tacubaya, sin legalidad de ninguna especie. El triunfo lo constituyó en gobierno de hecho de la República, y como era lógico, empezó á distribuir los empleos entre sus amigos. Cano nunca le había sido simpático, atendido su carácter franco y sincero, incapaz de ambages ni adulaciones; y así, no lo empleó en el ejército, sino que le envió á dirigir la construcción del proyectado camino de Cuernavaca á Acapulco. Trabajó allí algún tiempo, aunque sin conseguir gran cosa, porque á pesar de sus perseverantes gestiones, no le suministraban los fondos necesarios para la obra. Por haberse quejado sin rodeos y con claridad de los hombres influyentes que se hacían sordos á sus peticiones de recursos, el gobierno lo separó de la dirección del camino.

Regresó á México; pero para guardar poco tiempo el sociogo, pues á los pocos meses Santa-Ana, con pretext-

to de una conspiración que dijo haber descubierto para restaurar el sistema federal, mandó arrestar el 30 de Abril de 1843 á Don Manuel Gómez Pedraza, á Don Mariano Riva Palacio, á Don José Ma Lafragua, á Don Mariano Otero, á los Generales Terrés, Torrejón y otros militares, entre los cuales se contaba D. Juan Cano, quien fué expulsado del territorio nacional y obligado á ir á pasar sus tristes horas de ostracismo á la ciudad de la Habana. Allí estaba cuando le visitó el Coronel cubano Don Francisco Sentmanat, y le confió el secreto de su proyecto de invadir Tabasco con doscientos filibusteros enganchados en Nueva Orleans; y aun llegó á tal punto su atrevimiento de insinuarle embozadamente que le acompañase en su malhadada empresa. Cano rechazó con indignación sus insinuaciones por antipatrióticas é infames, hizo cuanto pudo para disuadirle, y le pronosticó el irremediable fracaso en el cual, ciego é imprevisor, vino por justicia á estrellarse.

El gobierno de Santa-Ana permitió más tarde á Cano volver á la República, y le encargó algunas obras de fortificación en Veracruz; pero sujetas á la vigilancia de las autoridades locales, taxativa que impidió su ejecución, por las mil dificultades que opusieron con varios pretextos, al cumplimiento de la comisión. No obstante, Cano hizo un estudio completo y un proyecto de fortificaciones, que reservó para someterlos á un gobierno que tuviese tiempo y voluntad de llevarlos á cabo.

Entretanto la nación entera se mostraba indignada contra Santa-Ana, que rodeado de favoritos, agiotistas é ineptos, llevaba á la República al abismo. Oneroso

gravamen de impuestos; dilapidación y derroche de los caudales públicos; prodigalidad en la concesión de grados militares á gente sin mérito ni servicios, y bancarrota en la hacienda, eran los grandes vicios que exacerbaban contra el gobierno el descontento general. En un gran número de espíritus surgía como remedio único, la revolución armada, y esta idea, que tanto daño y perdición ha traído al país, encontró eco en Guadalajara, en el General Don Mariano Paredes, quien tomando pretexto de las demasiado descaradas faltas de gobierno, dió el grito de rebelión en Noviembre de 1844. Sólo contaba con poco más de dos mil hombres; pero supo aprovechar el disgusto de la nación, y además, el mismo Santa-Ana y sus adeptos, con su ceguera y pasos desatentados, cambiaron los papeles, convirtiéndose ellos en revolucionarios, y á los rebeldes en defensores de la legalidad. Y fué que mientras Santa-Ana marchaba con ocho ó diez mil soldados sobre Paredes, en la elación de la victoria que creía segura, desde su cuartel general de Querétaro mandó disolver el Congreso Nacional, mientras que él mismo aherrojaba á la diputación provincial de Querétaro, y sin ambages mostraba su propósito de hacerse Dictador. Fué entonces también cuando Santa-Ana, comprendiendo que en Juan Cano encontraría siempre un enemigo decidido de sus planes de dictadura, quiso alejarlo de México, y para este efecto ordenó al Ministerio de guerra, que lo enviase á levantar el plano de la isla del Carmen, Laguna de Términos, y que, si no obedecía en el acto, lo mandase fusilar. Por fortuna no tuvo tiempo de ser obede-

cido. Ante las medidas tomadas alocadamente contra la representación nacional, la opinión pública se pronunció más vehemente contra el Dictador que trataba á la Nación como país conquistado, y el seis de Diciembre de 1844, el General Céspedes al frente de su batallón, levantó en México la bandera de la legalidad, llamando á la presidencia á D. José Joaquín de Herrera, á quien correspondía según la constitución entonces vigente. El Presidente Canalizo, puesto por Santa-Ana á prevención, quiso atacar á Céspedes; pero en aquellos momentos el Congreso disuelto se reunía en San Francisco acompañado de gran concurso de pueblo, y toda la guarnición de México se puso á sus órdenes. Dos horas después, el Congreso se dirigía procesionalmente al palacio federal, custodiado por el pueblo y por dos mil soldados, cuyas músicas exaltaban el entusiasmo público. Canalizo y sus ministros aislados é inermes, fueron presos y sometidos á juicio, y el Congreso reconoció como Presidente á Don José Joaquín de Herrera.

Mientras esto pasaba en México, la guarnición de Veracruz desconocía también la investidura de Santa-Ana, y Cano, que aun no se había embarcado para la Isla del Carmen, salió inmediatamente para México á ponerse á las órdenes del gobierno constitucional, por el cual simpatizaba abiertamente. En el acto, el gobierno del Sr. Herrera se apresuró á aprovechar sus servicios, pues en la seguridad de que Santa-Ana, retrocedería sobre México con ánimo de destruir el nuevo gobierno, éste se aprestó á la defensa y nombró á Cano director de las fortificaciones de la Capital. No fué vana la

premura en apercibirse á la defensa, pues no tardó Santa-Ana en amenazar con sus iras la Capital; mas al llegar á las inmediaciones la encontró preparada con buenas fortificaciones, dos mil soldados de línea y ocho mil voluntarios, máxime amenazándole á retaguardia el General Paredes, cuyas fuerzas se cuadruplicaron con las guarniciones de Guanajuato y de Morelia, mandadas por los Generales Romero y Galindo. Juzgó entonces Santa-Ana más discreto variar de plan y dirigirse con sus fuerzas á Puebla, contra la cual rompió las hostilidades el 4 de Enero de 1845. La suerte le había vuelto las espaldas; Puebla le hizo resistencia, sostuvo algunos combates, y al saber que los Generales Paredes y Bravo venían sobre él con ocho mil hombres, levantó el sitio de Puebla y se propuso entrar en pactos con el gobierno y sacar ventajas y provechos personales. Nada de esto pudo conseguir; y al ver frustradas sus esperanzas, una noche se despidió de sus subalternos y se fugó rumbo á la costa de Veracruz, con intención de embarcarse para el extranjero; pero en el camino cayó en manos de unos voluntarios del pueblo de Jico, quienes lo entregaron al Alcalde y éste á los ministros del gobierno. Dispuso éste someterlo á juicio y entretanto mantenerlo preso en el Castillo de Perote, bajo la custodia del Teniente Coronel Juan Cano, nombrado para este efecto Gobernador de la fortaleza.

Grande debió ser el sobresalto de Santa-Ana, al tener noticia de que Cano sería su carcelero. Hacía tiempo que existía entre ellos mutua oposición y contrariedad de sentimientos é ideas y, si en el rigor de la

palabra no podían llamarse enemigos, por lo menos debían ser adversarios, ya que de ninguna manera émulos, porque en talento y en carácter, Cano dejaba muy en zaga á Santa-Ana. Esta circunstancia de ser adversarios hizo temer á Santa-Ana que Cano le asesinase con cualquier pretexto; pero pronto cambió de opinión, viendo el excelente trato que le dió sin faltar ni una pizca á las seguridades que debía tener con el prisionero confiado á su guarda. Le procuró comodidades para resistir la alta temperatura de la fortaleza, le dispensó atentas consideraciones personales, le autorizó á escribir y á recibir su correspondencia privada; pero al mismo tiempo le hizo comprender con ruda franqueza que no le permitiría abusar. «General, le dijo un día, «mis respetos no quieren decir que tenga Ud. carta blanca para conspirar, pues en el acto que haya un levantamiento promovido por Ud., bajo mi responsabilidad le haré fusilar en el foso del castillo.» Comprendió Santa-Ana que se las había con un joven jefe de gran moderación, pero lleno de energía y vigor, y se mantuvo quieto. Aunque durante su prisión, movido del deseo de atraer hacia sí ojos compasivos, se quejó al gobierno de recibir trato indigno de sus guardianes, posteriormente ya libre y triunfante, hablando con su amigo el General Basadre, le aseguraba que daba más garantías al prisionero un hombre como Cano, que cualquier otro jefe desprovisto de las cualidades militares que en Cano resplandecían. Con razón, pues, el gobierno contestó á sus infundadas quejas, que estaba persuadido de haber sido cumplidas exactamente las

órdenes que había dado, para que se le tratase con las más altas atenciones.

Santa-Ana fué desterrado el 26 de Mayo de 1845, y Juan Cano llamado á México, donde residía, cuando el 7 de Junio del mismo año, estalló la asonada de Rangel, que consiguiendo seducir una parte del batallón de «Supremos Poderes,» hizo dar el grito de rebelión en el mismo Palacio Nacional, pretendiendo que se restaurase á Santa-Ana en el Poder. Cano sin vacilar se puso del lado del gobierno legítimo, y acompañó al Coronel Uraga al frente del batallón 4º de infantería que acudió con presteza en auxilio del Presidente y de su Ministro D. Luis de la Rosa, que por un momento habían caído en poder de los sublevados. Y en tanto que el Presidente D. Joaquín Herrera, con un razgo de serenidad y valor, volvía á sus órdenes á una parte de los amotinados, el batallón de Uraga forzaba la puerta del Cuartel que comunicaba con Palacio, y Juan Cano, tomando una compañía de este batallón, se arrojaba sobre el cañón de los insurrectos, lo tomaba á viva fuerza, y después de sangriento combate cuerpo á cuerpo, somete á los rebeldes que aún sobreviven.

Todos alabaron la intrepidez y arrojo de Juan Cano, y el gobierno le nombró Gobernador de la fortaleza de San Juan de Ulúa, posición interesante que era imprescindible poner en estado de defensa, en perspectiva de la guerra inminente con los Estados Unidos. Cano cumplió su comisión á satisfacción de su conciencia y del gobierno, pues fortificó el castillo en tales términos,

que más adelante la escuadra americana no quiso repetir la triste hazaña de Baudin.

VII.

Desgraciadamente el motín de Rangel no fué el último de la serie de los que debían conducir á México al abatimiento y á la ruina. Un enemigo sagaz é implacable, y firme en la consecución de sus fines, espía el momento oportuno de arrancar á nuestra República una parte de su territorio, y contemplaba, estudiaba cada desacierto de nuestros hombres públicos, para sacar de él todo el provecho y ventaja conducentes á realizar sus ensueños de extenderse entre los dos océanos y desde allí señorear el continente americano. Para colmo de su suerte y de nuestro infortunio, esos desaciertos menudearon entre algunas figuras prominentes de los opuestos bandos políticos que sucesivamente dominaron el país; pues mientras el General Paredes no temió sublevarse contra el gobierno establecido con las mismas fuerzas que debía conducir á la frontera á imponer al invasor que se acercaba, más tarde Valentín Gómez Farías, Lafragua, Olaguíbel y Almonte, aliados con Santa-Ana, derrocaban al gobierno en momentos en que salían de México las fuerzas destinadas á contener á los invasores infatuados con sus primeras victorias en Palo Alto y la Resaca. Y en tanto que el patriotismo imponía unirse leal y estrechamente al rededor del gobierno establecido y ayudarle á combatir al enemigo extranjero, dejando para después discusiones y teorías, militares como Salas y Valencia,

órdenes que había dado, para que se le tratase con las más altas atenciones.

Santa-Ana fué desterrado el 26 de Mayo de 1845, y Juan Cano llamado á México, donde residía, cuando el 7 de Junio del mismo año, estalló la asonada de Rangel, que consiguiendo seducir una parte del batallón de «Supremos Poderes,» hizo dar el grito de rebelión en el mismo Palacio Nacional, pretendiendo que se restaurase á Santa-Ana en el Poder. Cano sin vacilar se puso del lado del gobierno legítimo, y acompañó al Coronel Uraga al frente del batallón 4º de infantería que acudió con presteza en auxilio del Presidente y de su Ministro D. Luis de la Rosa, que por un momento habían caído en poder de los sublevados. Y en tanto que el Presidente D. Joaquín Herrera, con un razgo de serenidad y valor, volvía á sus órdenes á una parte de los amotinados, el batallón de Uraga forzaba la puerta del Cuartel que comunicaba con Palacio, y Juan Cano, tomando una compañía de este batallón, se arrojaba sobre el cañón de los insurrectos, lo tomaba á viva fuerza, y después de sangriento combate cuerpo á cuerpo, somete á los rebeldes que aún sobreviven.

Todos alabaron la intrepidez y arrojo de Juan Cano, y el gobierno le nombró Gobernador de la fortaleza de San Juan de Ulúa, posición interesante que era imprescindible poner en estado de defensa, en perspectiva de la guerra inminente con los Estados Unidos. Cano cumplió su comisión á satisfacción de su conciencia y del gobierno, pues fortificó el castillo en tales términos,

que más adelante la escuadra americana no quiso repetir la triste hazaña de Baudin.

VII.

Desgraciadamente el motín de Rangel no fué el último de la serie de los que debían conducir á México al abatimiento y á la ruina. Un enemigo sagaz é implacable, y firme en la consecución de sus fines, espía el momento oportuno de arrancar á nuestra República una parte de su territorio, y contemplaba, estudiaba cada desacierto de nuestros hombres públicos, para sacar de él todo el provecho y ventaja conducentes á realizar sus ensueños de extenderse entre los dos océanos y desde allí señorear el continente americano. Para colmo de su suerte y de nuestro infortunio, esos desaciertos menudearon entre algunas figuras prominentes de los opuestos bandos políticos que sucesivamente dominaron el país; pues mientras el General Paredes no temió sublevarse contra el gobierno establecido con las mismas fuerzas que debía conducir á la frontera á imponer al invasor que se acercaba, más tarde Valentín Gómez Farías, Lafragua, Olaguíbel y Almonte, aliados con Santa-Ana, derrocaban al gobierno en momentos en que salían de México las fuerzas destinadas á contener á los invasores infatuados con sus primeras victorias en Palo Alto y la Resaca. Y en tanto que el patriotismo imponía unirse leal y estrechamente al rededor del gobierno establecido y ayudarle á combatir al enemigo extranjero, dejando para después discusiones y teorías, militares como Salas y Valencia,

se insurreccionaban con frívolos pretextos; hombres civiles de reconocido talento como Alamán, Diez de Bonilla, Tagle y Elguero, arrojaban con ceguedad incalificable en el palenque de la pública discusión, una nueva tea de discordia, el principio monárquico, cuya enunciación sola, exaltó con virulencia las pasiones políticas en un pueblo profundamente democrático como el mexicano, y por último, cuando teníamos ya la espada del enemigo casi en los riñones, Gómez Farías y Crescencio Rejón promueven la realización de los bienes eclesiásticos en un pueblo profundamente religioso y creyente. Era todo esto propio á traer divisiones, luchas, perturbaciones interiores en momentos en que sólo debíamos ocuparnos de agruparnos al rededor de nuestra bandera nacional para defender nuestro honor ultrajado.

Juan Cano, formado en la escuela del patriotismo y de la abnegación, tuvo el buen juicio de no mezclarse ni en la rebelión de Paredes, ni menos en la infausta restauración de Santa-Ana, llevada á cabo por algunos federalistas aliados, á los que hacían de Santa-Ana su ídolo personal y su instrumento de medra.

La figura prominente de Cano en la sociedad mexicana, hizo no obstante que su nombre figurase como diputado por Yucatán en la Junta de Representantes de los Departamentos, que el 3 de Enero de 1846 nombró Presidente interino de la República á D. Mariano Paredes Arrillaga. Fué ciertamente un error político, el admitir este nombramiento destituido de toda investidura legal; mas en justificación suya debe tenerse

en cuenta que, al aceptarlo, el gobierno legal había desaparecido con la renuncia que el mismo Presidente había hecho de su elevado cargo, por carecer de fuerza que apoyase sus determinaciones. La sociedad no puede carecer de autoridad, y á falta de autoridad legítima, la autoridad de hecho tiene que velar por la conservación del bien social. Por otra parte, Paredes traía un programa que halagaba á Cano en alto grado, y era oponerse á todo trance á las aspiraciones ambiciosas de los Estados Unidos y entrar á la lucha sin cuartel, para impedir que éstos se adueñasen aun de lo más mínimo del territorio nacional. En este punto la resolución de Cano estaba decidida: quería estar siempre del lado de cualquier gobernante que defendiese con resolución y vigor el honor de México. Sin haber tomado parte en la rebelión de Paredes, y cuando ya éste representaba el gobierno establecido, creyó ver en él, sincero deseo de combatir á los enemigos de la patria, y sin más, se puso de su lado, sin cejar de la línea de conducta que desde sus primeros pasos en la carrera militar se había trazado y consistía en ser fiel al gobierno que servía y preocuparse ante todo del bien de la patria.

A principios de 1846 fué nombrado para la difícil comisión de venir á Yucatán á tratar de persuadir á sus hombres públicos, entonces encargados de la dirección de su gobierno, de la necesidad de honor y de conveniencia de volver á la unión nacional y cooperar á la defensa de la República contra los norte-americanos. Persuadido de lo espinoso del encargo, lo aceptó sin embargo y se embarcó para Campeche, á donde llegó el

24 de Marzo de 1846. Cano, de acuerdo con Quintana Roo y otros yucatecos distinguidos (1) juzgaba anti-patriótica la escisión de Yucatán de la unión mexicana y como ominosa cualquiera tentativa que tendiese á impedir que Yucatán hiciese causa común con el resto de la República en la injusta guerra declarada por los norte-americanos. Creía que á todo trance y sin la más ligera vacilación, el gobierno yucateco debía deponer y diferir cualesquiera discusiones y diferencias y poner sin reserva todos sus elementos en manos del gobierno general, para cooperar como quien más á la resistencia contra el invasor extranjero. Ciertamente, su convicción era demasiado justa y evidente, y por lo mismo se imponía á su inteligencia como una doctrina absoluta, concreta y precisa. De aquí es que desde la primera conferencia que tuvo con el Gobernador D. Miguel Barbachano, planteó la cuestión de una manera categórica y positiva. El interés primordial que dominaba las circunstancias entonces presentes, era el salvar la integridad nacional amenazada por la ambición de una nación extranjera; mantener nuestra honra y nuestro decoro; y ante este bien supremo, todos los intereses subalternos debían ceder, eclipsarse y ni aún tomarse en consideración. Yucatán debía guardar y

(1) Un gran número de yucatecos y entre ellos todos los miembros del antiguo partido centralista, fueron enemigos de la escisión. Muchos de ellos padecieron con este motivo graves persecuciones, y entre ellos algunos como el Pbro. Dr. Don Domingo Campos, prefirieron salir de Yucatán y trasladar su residencia al interior de la República.

silenciar todas sus reclamaciones de fueros provinciales para tiempos bonancibles, y no regatear los recursos de sangre y dinero en una emergencia que ponía en peligro aun la vida misma de nuestra nacionalidad. En presencia de tan extremo peligro, ¿qué papel podían tener discusiones sobre intereses puramente locales de exenciones y privilegios en el comercio y en la administración interior? Cuestiones eran en verdad dignas de ser consideradas conforme á los altos principios que norman las buenas medidas político-económicas, pero que bien podían ser aplazadas para tiempos más serenos y tranquilos, sobre todo cuando el gobierno nacional reconocía expresamente la legitimidad de aquellas reclamaciones y ofrecía darles satisfacción más tarde. Preocupado el Teniente Coronel Cano de estas ideas, quiso desde luego que el gobierno yucateco reconociese previamente la necesidad de la conservación de la integridad nacional y de la cooperación sincera y activa á su defensa. Para ello propuso que se resolviesen los tres puntos siguientes: el pronto envío de trescientos artilleros, para guarnecer las baterías de Ulúa y Veracruz, la suspensión del Congreso extraordinario, ideado para sancionar la excisión de Yucatán, y la elección inmediata de diputados que fuesen á representar á Yucatán en el Congreso nacional, que próximamente debía reunirse. No quiso D. Miguel Barbachano aceptar estos puntos, alegando falta de poderes, pero instó al Teniente Coronel Cano, á que hiciese proposiciones discutibles por la Asamblea legislativa. Ya este paso tendía á prolongar indefinidamente la deliberación, cosa

inaceptable á juicio del Sr. Cano, en la situación tan crítica y amenazante que había tomado la cuestión de la guerra americana. Don Juan Cano deseaba concluir rápidamente su misión, é ir á tomar su puesto en las filas del ejército, y así no dejó de contrariarse de esta insinuación de nuevas proposiciones, cuyo resultado de dar largas al negocio creía traslucir. Sin embargo, en una nueva conferencia formuló proposiciones, que el Gobernador Barbachano rechazó de plano, alegando que algunas eran contrarias á los tratados de 1843, que reconocían exenciones y privilegios especiales á Yucatán. Entonces Juan Cano dió por concluida su misión. Los hombres públicos de Yucatán se empeñaron en aquellos momentos en apocar la cuestión, reduciéndola á mera defensa de intereses locales, cuando bien se veía cernerse sobre todos éstos, dominándolos con entera supremacía, el soberano interés de la defensa de la patria. Juan Cano tuvo el don de percibir, con claridad indeficiente ese supremo interés, y de colocarse decididamente de su lado. No quiso detenerse ni un minuto más en Yucatán, se impacientaba por ir á rendir el tributo de su sangre á la defensa nacional, y así tan pronto como se celebró la última conferencia, dió el beso de despedida á sus venerables ancianos padres, y se embarcó en Sisal con dirección á México. ¡Quizás aquellos corazones al palpitar unidos en esa despedida, presintieron que era el adiós de la final separación! Llegó á la capital en momentos bien luctuosos por cierto. Una nueva revolución se tramaba para derrocar al gobierno establecido. Esta vez igualmente, su conducta buscó

inspiraciones en el honor y la lealtad. Cuando el 3 de Agosto de 1846, el General Salas se pronunció en la ciudadela con la fuerza lista á salir á batir á los americanos, Cano, á pesar del aislamiento en que estaba el Presidente Paredes, acudió á su lado, y en compañía suya salió de México el día cuatro, con el ánimo de alcanzar á las tropas salidas pocos días antes, ponerse al frente de ellas y volver á México á sofocar la revolución. Su plan fracasó, porque sorprendidos en el trayecto por el General rebelde Avalos, fueron hechos prisioneros, llevados á México y encerrados en la cárcel de la ciudadela. Desde su prisión vió Juan Cano el último desarrollo de la revolución que tuvo por objeto restaurar á Santa-Ana, cubierto bajo el manto de la constitución federal de 1824.

VIII.

Entretanto la guerra contra México, que los más ilustres pensadores americanos han calificado de injusta, (1) se había declarado y se continuaba imperturbable-

(1) Leemos en las Memorias del General U. S. Grant lo siguiente: «Generalmente los oficiales del ejército fueron indiferentes á que la anexión (de Texas) se consumase ó nó; pero no todos. En cuanto á mí, me opuse amargamente á la medida, y hasta hoy considero la guerra, que resultó de ella, como una de las más injustas que alguna vez se hubiese hecho por una nación fuerte contra otra más débil. Fué un comprobante de una República siguiendo el mal ejemplo de monarquías europeas, que cuando desean aumentar su territorio no toman en consideración la justicia. . . . La ocupación, separación y

inaceptable á juicio del Sr. Cano, en la situación tan crítica y amenazante que había tomado la cuestión de la guerra americana. Don Juan Cano deseaba concluir rápidamente su misión, é ir á tomar su puesto en las filas del ejército, y así no dejó de contrariarse de esta insinuación de nuevas proposiciones, cuyo resultado de dar largas al negocio creía traslucir. Sin embargo, en una nueva conferencia formuló proposiciones, que el Gobernador Barbachano rechazó de plano, alegando que algunas eran contrarias á los tratados de 1843, que reconocían exenciones y privilegios especiales á Yucatán. Entonces Juan Cano dió por concluida su misión. Los hombres públicos de Yucatán se empeñaron en aquellos momentos en apocar la cuestión, reduciéndola á mera defensa de intereses locales, cuando bien se veía cernerse sobre todos éstos, dominándolos con entera supremacía, el soberano interés de la defensa de la patria. Juan Cano tuvo el don de percibir, con claridad indeficiente ese supremo interés, y de colocarse decididamente de su lado. No quiso detenerse ni un minuto más en Yucatán, se impacientaba por ir á rendir el tributo de su sangre á la defensa nacional, y así tan pronto como se celebró la última conferencia, dió el beso de despedida á sus venerables ancianos padres, y se embarcó en Sisal con dirección á México. ¡Quizás aquellos corazones al palpitar unidos en esa despedida, presintieron que era el adiós de la final separación! Llegó á la capital en momentos bien luctuosos por cierto. Una nueva revolución se tramaba para derrocar al gobierno establecido. Esta vez igualmente, su conducta buscó

inspiraciones en el honor y la lealtad. Cuando el 3 de Agosto de 1846, el General Salas se pronunció en la ciudadela con la fuerza lista á salir á batir á los americanos, Cano, á pesar del aislamiento en que estaba el Presidente Paredes, acudió á su lado, y en compañía suya salió de México el día cuatro, con el ánimo de alcanzar á las tropas salidas pocos días antes, ponerse al frente de ellas y volver á México á sofocar la revolución. Su plan fracasó, porque sorprendidos en el trayecto por el General rebelde Avalos, fueron hechos prisioneros, llevados á México y encerrados en la cárcel de la ciudadela. Desde su prisión vió Juan Cano el último desarrollo de la revolución que tuvo por objeto restaurar á Santa-Ana, cubierto bajo el manto de la constitución federal de 1824.

VIII.

Entretanto la guerra contra México, que los más ilustres pensadores americanos han calificado de injusta, (1) se había declarado y se continuaba imperturbable-

(1) Leemos en las Memorias del General U. S. Grant lo siguiente: «Generalmente los oficiales del ejército fueron indiferentes á que la anexión (de Texas) se consumase ó nó; pero no todos. En cuanto á mí, me opuse amargamente á la medida, y hasta hoy considero la guerra, que resultó de ella, como una de las más injustas que alguna vez se hubiese hecho por una nación fuerte contra otra más débil. Fué un comprobante de una República siguiendo el mal ejemplo de monarquías europeas, que cuando desean aumentar su territorio no toman en consideración la justicia. . . . La ocupación, separación y

mente por el gobierno de Washington, gozoso cada hora de ver que nuestras contiendas intestinas, le allanaban los obstáculos que creyó encontrar en sus propósitos de expansión territorial. La anexión de Texas, solicitada por el gobierno americano, se había llevado á cabo, no obstante las protestas del gobierno de México, que por evitar la guerra se inclinó un momento hasta reconocer la independencia de su antiguo Estado, creyendo que con el levantamiento de una nueva nación intermediaria, pondría un valladar á las ambiciones norte-americanas. La revolución de Paredes sirvió de pretexto al gobierno norte-americano, para realizar más rápidamente sus planes. Reforzó su escuadra, dió orden de avanzar sobre el Bravo, ordenó el alistamiento de voluntarios, y el 6 de Marzo de 1846, cuando todavía se cruzaban comunicaciones entre ambos gobiernos contendientes, el General Norte-Americano Taylor

anexión fueron, desde el principio del movimiento hasta su final consumación, una conspiración para adquirir territorio con qué poder formar Estados esclavistas para la Unión Americana. Y aunque la anexión pudiera justificarse, la manera con que la guerra subsecuente fué llevada contra México, no puede serlo

. . . El ejército no se paró en Nueces, ni ofreció negociar un arreglo sobre la cuestión de límites, sino que fué adelante aparentemente para obligar á México á iniciar la guerra . . .

La rebelión del Sur, fué ampliamente la consecuencia de la guerra con México. Las Naciones, como los individuos, son castigadas por sus pecados. Nosotros tuvimos nuestro castigo en la más sanguinaria y costosa guerra de los tiempos modernos. Personal Memoirs of U. S. Grant. Vol I., p. 53 á 56.

ocupaba Corpus Cristi y avanzaba á Brazo de Santiago con objeto de atacar Matamoros. El territorio mexicano estaba invadido y la guerra había empezado.

El ministro Tornel en carta dirigida al General Arista, Comandante en Jefe del ejército mexicano en la frontera, decía haciendo un juego de palabras con el nombre del General Taylor, Comandante en Jefe del ejército americano: "Pase Ud. el Bravo y arroje de allí á ese *sastre* (taylor en inglés significa *sastre*) cuya presencia en esos lugares es un insulto á la patria." Obedeció Arista, pasó el Bravo, combatió bizarramente junto al fuerte Brouun, se batió con valentía en Palo Alto y fué derrotado en la Resaca de Guerrero, por un enemigo que recibió refuerzos sobrados á debelar á nuestro pequeño ejército (tres mil hombres), no sin que éste hubiese dado pruebas de un valor superior á todo elogio. Allí cayó prisionero el General Don Rómulo Diaz de la Vega, cuya nobleza y serena intrepidez admiraron los enemigos que no pudieron tomar la batería que valientemente defendió, sino después de la famosa carga de caballería dada por el General May, y en la que perdió la mitad de su destacamento.

Durante esta nefaria y memorable guerra, Juan Cano que aún estaba en la época de los nobles ardores de la vida, supo mantener en su alma el aliento patriótico, sostenido por un grande y bello carácter, hasta sacrificar con pleno conocimiento y conciencia su bienestar, su porvenir, su existencia misma. De la prisión inmotivada á que se le redujo por cortejar con fidelidad la desgracia, salió para continuar prestando servicios

bien sólidos y provechosos, ingresando como antes al cuerpo de ingenieros, en el cual durante la guerra desempeñó un papel importantísimo en compañía del Coronel Robles.

Después de la desocupación de Monterrey y de la triste batalla de Angostura, otro poderoso ejército invasor al mando del General Scott, desembarcó en Antón Lizardo. Santa-Ana, que era entonces ya General en Jefe del ejército mexicano, comprendió la necesidad de cerrarle el paso á la capital y defenderse en las montañas existentes entre la costa y la mesa central. Escogió como punto de resistencia adecuado para empeñar batalla, el árido cerro del Telégrafo ó Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa y veinte y tres ó veinte y cuatro de Veracruz. Juan Cano, como Teniente Coronel de ingenieros, manifestó que la posición escogida por Santa-Ana era buena; pero que era indispensable fortificar y cuidar los flancos, por donde el enemigo podía penetrar, y penetrando, voltear la posición con la consiguiente derrota del ejército mexicano y con grave riesgo de nuestra capital, cuyo camino quedaría despejado á los americanos después de una victoria tan trascendental. El Comandante Robles fué más lejos que Cano. En su opinión, el punto bueno para molestar á los invasores no lo era para presentar batalla y mucho menos para alcanzar una victoria decisiva. Eran preferibles, á su juicio, las lomas de Corral Falso, en donde nuestra caballería, superior á la del enemigo, podría maniobrar con éxito. Santa-Ana, con esa ligereza presuntuosa, que era su defecto capital, no quiso tomar en

consideración las juiciosas observaciones de Robles y Cano, y aceptando lisamente el sentir vulgar de que por el Este y por el Norte el Cerro Gordo era inaccesible, descuidó sus flancos que, atravesados por profundos barrancos, decía burlescamente no podían ser transitados ni aun por cabras. El resultado funesto de su insistencia, hizo bien pronto justicia de sus burlas y de la sagaz previsión de Robles y de Cano.

Reconoció Scott las posiciones mexicanas, y Juan Cano, que desde el Cerro del Telégrafo seguía con ojo inteligente y porfiado los movimientos del enemigo, se convenció de que el plan de Scott era llamar la atención por el frente, ocupar el flanco izquierdo del Cerro del Telégrafo y envolver nuestra posición completamente. Comunicó sus temores al bravo General D. Ciriaco Vásquez, que mandaba el fuerte, y convencido éste de los justísimos recelos de Cano, lo envió en persona á persuadir á Santa-Ana, la necesidad premiosa é indefectible de ocupar, fortificar y defender el flanco amenazado. Santa-Ana acogió con chanzonetas los temores de Cano, persistió en creer que las únicas vías posibles del avance americano eran las que había previsto y fortificado, y esperó con impasibilidad el ataque del enemigo. No tardó este en verificarse; los americanos se dirigieron á flanquear las posiciones mexicanas, y descubiertos en su intento, se trabó la batalla en la falda del cerro por su frente é izquierda. Después de cuatro horas de encarnizada lucha y de vigorosos esfuerzos para rechazarlos, desistieron de tomar ese día el Cerro Gordo, pero desgraciadamente se apoderaron de una eminencia

próxima á Cerro Gordo, denominada Atalaya, de la cual hicieron su base de operaciones para el día siguiente. Entonces fué cuando Santa-Ana comprendió su error y el grave peligro de su ejército, ante la aparición de los invasores á la espalda de nuestras posiciones. Quiso reparar su equivocación, pero era demasiado tarde. Bajo la dirección de Juan Cano y de Robles, se trabajó toda la noche en los atrincheramientos y fortificaciones, y todavía al amanecer del día 18, Robles y Cano levantaban parapetos en la falda de Cerro Gordo, y continuaron en su trabajo aun bajo el fuego del enemigo. Desde el Cerro de la Atalaya, empezaron los invasores á disparar sus piezas de grueso calibre y su batería de obuses de montaña, y se desprendieron sus columnas para asaltar el Cerro Gordo, bajo el fuego vivísimo de metralla y fusilería de las fuerzas mexicanas que ocupaban la cima y la pendiente del Cerro, y después de varias peripecias, peleando á veces á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, ocuparon la cumbre del Cerro Gordo, derribaron nuestra bandera, enarbolaron la suya y quedaron dueños del campo, á consecuencia de la desgraciada muerte del General Ciriaco Vásquez, que cayó gloriosamente en el fuerte que defendía, y cuya muerte no pudo menos que debilitar la defensa. Al retirarse Cano de aquel campo de carnicería, en que bajo el fuego del enemigo estuvo trabajando hasta el último momento como ingeniero, tropezó con uno de los oficiales admiradores de Santa-Ana, y en un momento de amarga indignación, profirió Cano estas palabras que sintetizan su juicio sobre la batalla de Cerro Gordo: «Triste es ser

vencido por la estupidez de un General presuntuoso é ignorante.»

Dos días después, los restos de aquel ejército de ocho mil hombres, reducido á menos de dos mil, llegaron á Orizaba. Habían sufrido un descalabro; pero se habían batido bizarramente, y, como dice un historiador, habían defendido palmo á palmo el Cerro Gordo y no lo habían abandonado sino saltando sobre cadáveres y empujados por la masa irresistible de sus contrarios.

IX.

Aprovechando los americanos su victoria, ocuparon á Jalapa y poco después á Perote y Puebla. Santa-Ana, que con los restos de Cerro Gordo y otros refuerzos había conseguido formar un nuevo ejército de cuatro mil hombres, se retiró á México, á donde llegó el 19 de Mayo de 1847. Al día siguiente celebró una junta de guerra, para tratar la cuestión de que si se defendería ó nó la capital. Estuvo en ella Juan Cano y fué de opinión de sostener la resistencia sin cuartel y seguir luchando hasta el último trance. Decidida la defensa de la capital, el General en jefe desarrolló su plan, que fué establecer tres líneas de defensa: una, apoyada en varias alturas á tres leguas de la capital y en un punto llamado El Peñón; la segunda, más inmediata á la capital, y la tercera en la capital misma. Los ingenieros Cano y Robles, como Jefes del cuerpo, fueron comisionados para dirigir las fortificaciones. Cano hizo un estudio profundo del Valle de México, lo delineó todo y lo escudriñó sólida y científicamente. Se encargó espe-

próxima á Cerro Gordo, denominada Atalaya, de la cual hicieron su base de operaciones para el día siguiente. Entonces fué cuando Santa-Ana comprendió su error y el grave peligro de su ejército, ante la aparición de los invasores á la espalda de nuestras posiciones. Quiso reparar su equivocación, pero era demasiado tarde. Bajo la dirección de Juan Cano y de Robles, se trabajó toda la noche en los atrincheramientos y fortificaciones, y todavía al amanecer del día 18, Robles y Cano levantaban parapetos en la falda de Cerro Gordo, y continuaron en su trabajo aun bajo el fuego del enemigo. Desde el Cerro de la Atalaya, empezaron los invasores á disparar sus piezas de grueso calibre y su batería de obuses de montaña, y se desprendieron sus columnas para asaltar el Cerro Gordo, bajo el fuego vivísimo de metralla y fusilería de las fuerzas mexicanas que ocupaban la cima y la pendiente del Cerro, y después de varias peripecias, peleando á veces á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, ocuparon la cumbre del Cerro Gordo, derribaron nuestra bandera, enarbolaron la suya y quedaron dueños del campo, á consecuencia de la desgraciada muerte del General Ciriaco Vásquez, que cayó gloriosamente en el fuerte que defendía, y cuya muerte no pudo menos que debilitar la defensa. Al retirarse Cano de aquel campo de carnicería, en que bajo el fuego del enemigo estuvo trabajando hasta el último momento como ingeniero, tropezó con uno de los oficiales admiradores de Santa-Ana, y en un momento de amarga indignación, profirió Cano estas palabras que sintetizan su juicio sobre la batalla de Cerro Gordo: «Triste es ser

vencido por la estupidez de un General presuntuoso é ignorante.»

Dos días después, los restos de aquel ejército de ocho mil hombres, reducido á menos de dos mil, llegaron á Orizaba. Habían sufrido un descalabro; pero se habían batido bizarramente, y, como dice un historiador, habían defendido palmo á palmo el Cerro Gordo y no lo habían abandonado sino saltando sobre cadáveres y empujados por la masa irresistible de sus contrarios.

IX.

Aprovechando los americanos su victoria, ocuparon á Jalapa y poco después á Perote y Puebla. Santa-Ana, que con los restos de Cerro Gordo y otros refuerzos había conseguido formar un nuevo ejército de cuatro mil hombres, se retiró á México, á donde llegó el 19 de Mayo de 1847. Al día siguiente celebró una junta de guerra, para tratar la cuestión de que si se defendería ó nó la capital. Estuvo en ella Juan Cano y fué de opinión de sostener la resistencia sin cuartel y seguir luchando hasta el último trance. Decidida la defensa de la capital, el General en jefe desarrolló su plan, que fué establecer tres líneas de defensa: una, apoyada en varias alturas á tres leguas de la capital y en un punto llamado El Peñón; la segunda, más inmediata á la capital, y la tercera en la capital misma. Los ingenieros Cano y Robles, como Jefes del cuerpo, fueron comisionados para dirigir las fortificaciones. Cano hizo un estudio profundo del Valle de México, lo delineó todo y lo escudriñó sólida y científicamente. Se encargó espe-

cialmente de las fortificaciones de Coyoacán, San Angel, Puente y Convento de Churubusco.

Todo el pueblo esperaba con ansia avistarse con el invasor; se trabajaba sin descanso para prepararse á la lucha, se construían más cañones, se reponía el armamento, y refuerzos llegaban todos los días de diferentes lugares. Veinte mil hombres de todas armas estaban listos á batirse.

Todos saben lo que sucedió. Los invasores se intimidaron ante la formidable fortificación del Peñón; ni siquiera intentaron atacarla, y volviendo su vista por otro rumbo, imprudentes disidencias les proporcionaron una brecha y ocasión de obtener un triunfo. El 19 de Agosto, el ejército del Norte, fuerte de cuatro mil hombres mandado por Valencia, fué derrotado en Padierna, y no teniendo ya el invasor que temer por su retaguardia, avanzó resueltamente sobre México. Santa-Ana tuvo que abandonar la primera línea de defensa y replegarse á la segunda; se defendió obstinada y dignamente el puente y convento de Churubusco, con el fin de proteger y cubrir la retirada de las fuerzas mexicanas. Días después se empeñó el combate del Molino del Rey, perdido por México, no sin gran estrago en las filas enemigas. Juan Cano se batió con gallardía y valor en esta función de armas, y aún extinguida toda esperanza de triunfo quería seguir peleando para sostener el honor de la bandera y del país. Esto pasaba el 8 de Septiembre de 1847, en que ya pocos días de vida restaban á nuestro héroe, quien viendo claramente la catástrofe que amenazaba á la patria, desafiaba á la

muerte, deseoso de sacrificarse en su defensa. Su sacrificio no tardó en consumarse.

Después de la batalla del Molino del Rey, fué Cano á reunirse en Chapultepec con su leal amigo el General Nicolás Bravo, que mandaba aquella fortaleza, objetivo, en aquellos momentos, del enemigo. Estaba defendida por ochocientos treinta y dos hombres, los alumnos del Colegio Militar y diez piezas de artillería. El 12 de Septiembre se veía muy claro la proximidad del asalto, y el Teniente Coronel Cano, que preveía su muerte, quiso separar de su lado á su joven hermano D. Lorenzo, que voluntariamente lo estaba acompañando en las fatigas incesantes de mejorar noche y día las fortificaciones de Chapultepec. Con pretexto de traerle cigarrillos, le envió á casa de su tío D. Andrés Quintana-Roo, con una carta en que le decía: «Querido tío: estoy cierto que mañana moriremos, y como no quiero dar á mis ancianos padres la imponderable amargura de recibir al mismo tiempo la nueva de la muerte de sus dos hijos, le suplico detenga á mi hermano Lorenzo que está empeñado en permanecer á mi lado, y que estoy seguro perecería conmigo, si se quedara en Chapultepec.» El tiempo realizó sus previsiones.

Toda la noche del 12 al 13 estuvo Juan Cano ocupado activamente en reponer las fortificaciones destruidas por el incesante bombardeo de cuatro baterías que empezaron á batir en brecha el castillo y sus obras exteriores, desde las primeras horas de la mañana del 12. Llovía el fuego; los muertos y heridos se multiplicaban; hubo bomba que al caer dejase fuera de combate trein-

ta hombres; el edificio sufrió terriblemente y la guarnición tuvo una baja considerable. Espantoso había sido el fuego; los norte-americanos, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche, habían conseguido mantener incesantemente sus fuegos, de tal manera, que siempre había un proyectil en el aire. En la noche, el hospital de sangre estaba sembrado de cadáveres y heridos. Bajo estos fuegos, Cano y sus ingenieros no cesaban de trabajar en reparar las obras conforme eran destruidas.

Era indudable que al día siguiente debía venir un formidable asalto, y el Teniente Coronel Cano se propuso morir como bravo. En efecto, desde la madrugada del 13, continuó el nutrido cañoneo y bombardear, y á las ocho de la mañana cesó repentinamente. Pavoroso silencio reinaba en ambos campos, y parecía que los elementos mismos de la naturaleza estaban en solemne quietud. Los combatientes se aprestaban para la lucha decisiva, cuerpo á cuerpo. En efecto, á poco rato, en medio de espantosa calma, se oyó el toque de cornetas que daban la señal de ataque general, y las columnas de asalto avanzaron vigorosamente, empezando de nuevo las baterías á lanzar balas, granadas y bombas. Un fuego terrible de metralla y fusilería recibió á los asaltantes. Se vieron obligados á detenerse; pero luego avanzando por la escarpada pendiente, continuaron su ascensión; grupos compactos de la tropa mexicana volvieron á detenerlos con vivo y continuado fuego. El suelo estaba regado de heridos y muertos de ambas partes; pero en tanto que los americanos eran

sostenidos hábilmente por sus reservas, los denodados defensores de Chapultepec apenas eran auxiliados por el esforzado batallón de San Blas, cuyos componentes, incluso su jefe, el impertérrito Xicotencatl, perecieron todos como héroes antes de poder llegar al castillo. El avance de los asaltantes se pronunciaba por todos lados, las baterías y parapetos caían en poder del enemigo superior en número, y los mexicanos, sin embargo, manteníanse firmes en la cumbre desafiando la muerte con intrepidez y vendiendo caras sus vidas; llegóse á luchar brazo á brazo, bayoneta con bayoneta y espada con espada. Llegó el momento de retirarse y ceder ante la avalancha de asaltantes que arrollaba todo, como avasallador torrente; algún oficial, creyendo necesario desalojar el punto, dijo á Cano con decidido ademán: "vamos; si te quedas te matarán sin remedio." "Eso es lo que quiero, morir combatiendo," murmuró Cano, y siguió luchando intrépido y ardiente entre aquella confusa masa de guerreros. A poco cayó mortalmente herido, en momentos en que la bandera mexicana era abatida de los altos muros del castillo, y empezaba á tremolar sobre ellos el pabellón de las barras y de las estrellas. No murió en el acto: completó el martirio de su agonía la muda contemplación de la derrota de la patria anunciada con alegres y triunfantes gritos por el invasor. Falleció á las ocho de la noche de ese nefasto día 13 de Septiembre de 1847, y fué sepultado con grandes muestras de honor y respeto por el enemigo, en la ladrillera de Chapultepec, al lado de cuarenta oficiales americanos, que lo mismo que Cano, murie-

ron en tan terrible y sangrienta función de armas.

Tal es la historia de un joven yucateco que supo sacrificarse y morir piadosamente en aras de la patria. Yucatán no ha tenido para él, ni un recuerdo, ni una memoria, ni una palabra de elogio. Su nombre glorioso ha sido presa del olvido. Y sin embargo, muriendo noblemente en la cumbre de Chapultepec, derramando su sangre generosa, mezclada fraternalmente con la de los demás héroes mexicanos de aquesa jornada, lavó la mancha de la vergonzosa neutralidad (1) en mala hora jurada por algunos de nuestros hombres públicos.

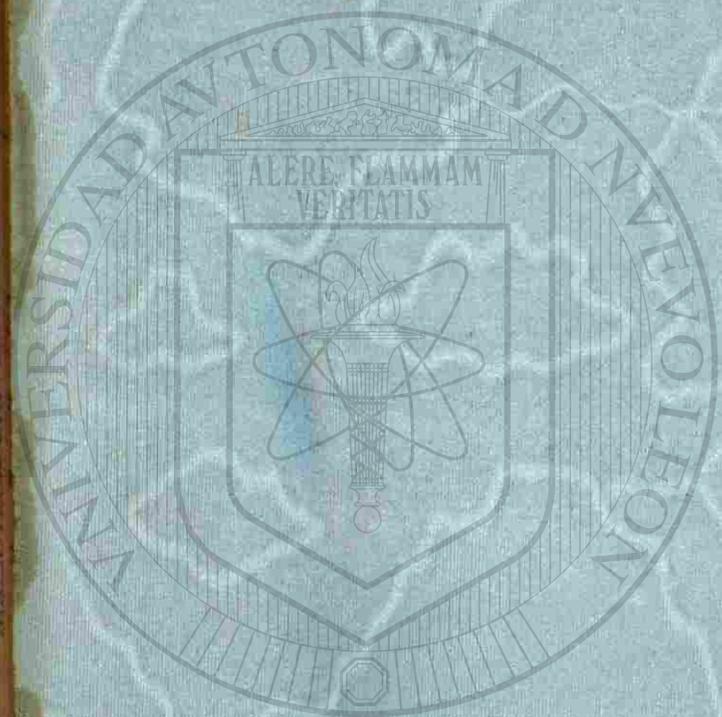
La nación se mostró con él amorosa y agradecida. El año de 1849, sus venerandos restos fueron identificados y exhumados de la humilde sepultura de Chapultepec, cubierto por la hiedra y por las flores silvestres. En el templo de Jesús María, se le hicieron suntuosas honras, á que asistieron devotas y simpáticas todas las clases sociales. Hizo su elogio fúnebre en sentidas y palpitantes frases su adicto amigo, el poeta Guillermo Prieto, aquel que en sus días plácidos, se admiraba de verle leyendo los clásicos latinos con la facilidad y soltura con que él leía los versos castellanos. Y una lápida de mármol blanco, donación del arzobispo Irrisari, se puso sobre de su tumba en Santa Paula, con esta gloriosa inscripción: *Obiit; sed in aeternum vivit.* (2)

(1) La imparcialidad histórica obliga á reconocer que la neutralidad no fué sostenida sino por una minoría desgraciadamente triunfante, y que, la gran mayoría de los hombres sensatos del país, la censuró severamente.

(2) Murió; pero vive eternamente.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

